

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA
-G.E.I.M.M.E.-
Fundado el 12 de Octubre de 2.003

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.



BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 23

21 de Diciembre de 2.009

S U M A R I O

EL MARTINISMO

Jean-Marc Vivenza[1]

"Las obras de Dios se manifiestan sosegadamente,
y su principio permanece invisible.
Toma este modelo en tu sabiduría,
no lo des a conocer sino por la dulzura de sus frutos;
las vías dulces son las vías ocultas [...].
El Señor ha conducido su pueblo por una vía obscura,
a fin de que sus designios se cumpliesen."

Louis-Claude de Saint-Martin,
El Hombre de Deseo, 10.

Qué otro término, sino el de "Martinismo", puede pretender beneficiarse de una tal reputación de extrañeza, de sospecha, incluso de temor, tan rodeado este nombre de un espeso velo de misterio creando en su entorno una profunda y sólida opacidad que parece tan difícil -por no decir imposible- disipar. Esto contribuye, reconozcámoslo, en razón de la naturaleza de esta corriente original, a hacer extremadamente compleja para el común de los mortales e incluso de los iniciados, una justa percepción de los objetivos y trabajos que persigue. Así pues, en comparación con los innumerables estudios realizados sobre la Francmasonería, y por su propio carácter relativamente cerrado y silencioso, muy pocas cosas se han impreso al respecto en el transcurso de estos últimos años, y las que se han hecho, por desgracia están lejos de ser portadoras de las verdades que serían necesarias encontrar en este tipo de materias en las que debería, normalmente, dominar tan solo la gracia del espíritu y la simplicidad de corazón.

Es por lo que nos ha parecido sumamente útil, cuando la confusión reina ampliamente por doquier, contribuir con esta obra a que una luz benéfica pueda venir a iluminar a los auténticos buscadores, a los "hombres de deseo" sinceros llevados por una justa intención, traer al conocimiento de aquellos para los que las realidades del Cielo ya son las de la tierra los elementos significativos que permitirán comprender mejor lo que es la auténtica espiritualidad Martinista, sabiendo que lo esencial se situará siempre en este lugar donde se desarrolla la obra según el interno, a saber, el inaccesible ámbito de la inefable Verdad.

Evidentemente que no se trata con este estudio de revelar algunos oscuros secretos, favorecer la vana y malsana curiosidad, sino más bien invitar al lector a comprometerse en la comprensión de las enseñanzas de los maestros de la transmisión, a volver a encontrar la llave de la puerta que abrirá su interioridad, y por qué no, hacerle íntimo un camino que eventualmente podría llegar a ser el suyo si acepta purificar su intención y comprometerse, con humildad, en la operación de su lenta transformación que lo verá participar, no sin dolor y angustia, pero para su mayor felicidad espiritual, del nacimiento en él del "Nuevo hombre".

[1] El texto del presente artículo corresponde a la Introducción de la obra del autor "LE MARTINISME, l'Enseignement secret des Maîtres: Martinés de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin et Jean-Baptiste Willermoz (fondateur du Régime Éscossais Rectifié)", publicada por la editorial Le Mercure Dauphinois, París, 2.006. Actualmente se está traduciendo al castellano para su próxima publicación.

El Martinismo, eso es cierto, posee una doctrina fundamentada en un principio primero, y que se resume en esta afirmación simple pero categórica: el hombre no está actualmente en el estado que era el suyo primitivamente; víctima de una Caída de la que es responsable, vive en lo sucesivo como un prisionero, un exiliado en el seno de un mundo y un cuerpo que le son extraños.

Esta doctrina, claramente expresada en las Santas Escrituras, evocada por los apóstoles y después en el curso de los siglos por los Padres de la Iglesia, será sin embargo recordada, precisada y desarrollada de manera juiciosa y pertinente en Francia en el siglo XVIII por Martinés de Pasqually (1710-1774), y luego por su discípulo Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), dicho el "Filósofo Desconocido", a los que podemos considerar, uno y otro, como los incontestables maestros de esta ciencia superior que trata sobre el origen y el destino del hombre, ciencia que especifica y caracteriza, absolutamente, todo el pensamiento Martinista.

*

Es de destacar al respecto que Martinès y Saint-Martin, por una sorprendente homonimia y señalada consonancia patronímica sobre la que no dejamos de preguntarnos, darán su nombre a la corriente que asumirá, como consecuencia de su autoridad -y es siempre bajo su bendición y soberanos auspicios que los martinistas prosiguen su tarea-, distinguiéndose por una sorprendente fidelidad y ferviente respeto a estos dos maestros venerados y bien amados, que por efecto de un idéntico reconocimiento ocupan un lugar singular en el corazón de cada iniciado.

No obstante, si estas dos personalidades, evidentemente emblemáticas, representan las principales y esenciales columnas fundadoras de un edificio sagrado que abriga los trabajos de aquellos que se han comprometido en la vía silenciosa y discreta en la que el ruido, que no es productor de bien, no tiene lugar, no hay por ello que excluir y olvidar con excesiva rapidez la significativa importancia del interesantísimo e incansable buscador lionés situado en el origen del Régimen Escocés Rectificado, Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), representando la faceta casi externa del Martinismo, o más exactamente su vertiente masónica, que supo reunir, con tan sabia y notable pedagogía, en el seno de las logias que tuvieron la inteligencia de situarse bajo las luces de su reforma, el conjunto de herramientas necesarias para la edificación de los cimientos del nuevo Templo, y que encarnan hoy, no tememos en afirmarlo, **la cadena de transmisión tradicional más directa y vinculada a la herencia doctrinal e iniciática del Martinismo original**.

Es por lo que, en este estudio dedicado a la doctrina Martinista, y por bien que nuestro corazón sea directamente sensible a las palabras y, reconozcámoslo, estando singularmente tocado por las enseñanzas del "Filósofo Desconocido", reservaremos por igual un lugar equivalente al pensamiento de Martinès de Pasqually y Jean-Baptiste Willermoz, pues si los temperamentos de estos tres incontestables maestros, sus visiones, sus aproximaciones, pudieran -como es normal- participar de naturales diferencias entre ellos, su espiritualidad estuvo siempre ligada a una idéntica fuente y fe común, que por otra parte harán resplandecer, y de los que se puede decir sin la menor sombra de duda que lograron brillantemente preservar y hacer vivir, a pesar de las sordas e ingratas mordeduras de los tiempos, a fin que se eleve siempre hacia el Cielo el homenaje que los hombres han de

expresar a Dios, y que pueda ser entonado a través de los siglos el canto de su perpetua alabanza.

Pero previamente, y antes de ir más allá en nuestro propósito, aclaremos una cuestión fundamental entre todas ellas, puesto que condiciona la posibilidad incluso de utilizar, como hacemos en esta obra, una denominación de manera genérica, a saber, y para formular esta pregunta más exactamente: ¿qué entendemos por el término "Martinismo"? ¿Qué recubre esta apelación relativamente imprecisa para la mayor parte de lectores contemporáneos, habida cuenta que lo que se ha escrito, o si se quiere la mayor parte de lo que se ha escrito al respecto, no ha contribuido verdaderamente, al menos hasta ahora y salvo raras y notables excepciones[2], a hacer más explícita una cuestión ya de por sí singularmente problemática?

Nuestra aproximación y concepción al respecto son absolutamente deudoras, digámoslo de inmediato, del análisis y criterio expuestos con mucha exactitud por Robert Amadou en un estudio que publicó hace ya algunos años sobre esta cuestión[3], y en el que tuvo cuidado de exponer, después de un serio examen de la cuestión, los criterios efectivos que nos permitirán asentar un enjuiciamiento creíble y sólido, posibilitando delimitar lo que responde o no a la doctrina Martinista, así como definir, evacuando los claroscuros, las falsas apariencias y engañifas inexactas que perjudican la sana comprensión de los datos, lo que son los elementos de evaluación fundamentados en la verdad desde el punto de vista iniciático, y así pues identificar a aquellos "hombres de deseo" sinceros, conocidos o no, que puedan ser considerados como pertenecientes realmente al Martinismo.

De tal manera, y de acuerdo a los criterios precisos establecidos por Robert Amadou, y después de recordar como consecuencia de ello que el *"Martinismo designa en primer lugar [...] el sistema de teosofía compuesto por Louis-Claude de Saint-Martin*[4]", pueden ser consideradas y contempladas como "Martinistas":

1. En primer lugar los discípulos en "espíritu y en verdad" del Filósofo Desconocido, fervientes lectores de sus obras y ligados a él por una "cadena dócil e invisible", al margen, o en paralelo de toda pertenencia a una escuela iniciática particular. Es esta la más sutil de las ataduras, por su carácter directo e imperceptible, señalando una participación segura en la corriente Martinista, que por su originalidad y sensibilidad específica autoriza perfectamente y se presta a las mil maravillas al establecimiento de una vocación espiritual concreta y duradera de naturaleza extra-orgánica, liberada de toda formalización institucional.

[2] Además de la admirable investigación que realizó Robert Amadou durante muchos años, y de la que se puede afirmar ampliamente que ha abierto la "vía" a numerosos espíritus en busca de verdades martinesianas y san-martinianas, señalamos, igualmente las pertinentes y eruditas contribuciones en el curso del siglo XX de Gérard van Rijnberk, Auguste Viatte, René le Forestier, Ernst Benz, Émile Dermenghem, Jacqaues Roos, Léon Séller, Alexandre Koyré, Louis Guinet, Roger Ayrault, Eugène Susini y Antoine Faivre, que contribuyeron a un mejor conocimiento de las doctrinas e historia del Iluminismo. En nuestros días, es preciso alabar paralelamente la notable actividad editorial de las ediciones Cariscript, así como del C.I.R.E.M. (Centro Internacional de Investigaciones y Estudios Martinistas), que han permitido la feliz difusión de numerosos y preciosísimos documentos, al igual que, por su gran calidad, el trabajo efectuado por Serge Caillet, y el incontestable interés de sus estudios difundidos por el Instituto Eleazar (*Curso de Martinismo*, primera serie, 1990-2003), Instituto fundado precisamente para contribuir a la reflexión y ahondamiento en la doctrina Martinista.

[3] R. Amadou, *Martinisme*, 2º edición revisada y aumentada, C.I.R.E.M., 1997.

[4] *Ibid.* pág. 2 (Texto retomando el de la entrada [Martinismo], publicado en el *Dictionnaire de la Franc-Maçonnerie*, bajo la dirección de Daniel Ligou, Éditions de Navarre/du Prisme, 1974, nueva edición 1991, págs. 785-789)

2. Designamos a continuación, pues convendría devolverle su presencia en el plano histórico, como "Martinismo", la doctrina enseñada en la Orden por Martinès de Pasqually, doctrina que se sitúa sin duda en el origen real del nombre, haciendo de los Elegidos Coëns del siglo XVIIIº los únicos y verdaderos "Martinistas" iniciados.

3. Son igualmente "Martinistas", aunque a menudo sin saberlo, los Masones del Régimen Escocés Rectificado, pues se benefician indirectamente, gracias a la preciosa labor de Jean-Baptiste Willermoz que adaptó al simbolismo de la Masonería Escocesa, en la que se apoyaba la Estricta Observancia Templaria, las enseñanzas y la doctrina de Martinès de Pasqually, cuyos trabajos poseen de manera incontestable, en el plano iniciático, las más puras luces, pues participan de una transmisión auténtica no interrumpida desde el siglo XVIII[5]. Es por otra parte interesante recordar que la denominación "Martinista" proviene históricamente de los Masones del Régimen Escocés Rectificado establecidos en Rusia, que fueron designados de esta manera porque eran generalmente, más allá de su calidad de hermanos del "Régimen Rectificado", adeptos más o menos activos de las prácticas teúrgicas de Martinès de Pasqually, o admiradores entusiastas del pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, y para algunos incluso, como en el caso de Nicolaï Novikof (1744-1818), discípulos directos e íntimos del Filósofo Desconocido[6].

---

[5] Robert Ambelain, en este aspecto, en un texto argumentado extremadamente sorprendente que tuvo por otra parte, y esto es un eufemismo, una cierta "repercusión" en el mundo del esoterismo de después de la guerra, declaraba: "*¿Qué queda del movimiento lanzando por Martinès de Pasqually, y donde podemos encontrar una filiación ritualística indiscutible no interrumpida? La respuesta es clara: en el seno del Régimen Escocés Rectificado. En efecto, hemos estudiado cuidadosamente los diversos Rituales e Instrucciones tanto de sus Logias de San Juan como de sus Logias de San Andrés o de su Orden Interior. Todo está indiscutiblemente marcado con el sello martinista. Podemos comparar las instrucciones de los diversos grados de los Elus-Cohen, publicados por Papus en su obra "Martinès de Pasqually" con las que figuran en el "Ritual de las Logias Escocesas Rectificadas". La nítida voluntad de una perpetuación teórica de las enseñanzas del Maestro queda comprobada de manera indiscutible. Esto no es en absoluto sorprendente si recordamos que en el Convento de Wilhemsbad estas Instrucciones fueron redactadas, presentadas y apoyadas por Willermoz y sus amigos [...]*
Que el Martinismo teórico sea ignorado por la mayor parte de Masones del Régimen Escocés Rectificado, que el Martinismo práctico (es decir teúrgico) lo sea igualmente por los altos dignatarios de la Orden Interior (Escuderos o Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa), es igualmente cosa indiscutible. No es menos cierto que los Martinistas contemporáneos, deseosos de ligarse realmente al sentido iniciático de la palabra, al verdadero Martinismo histórico, deberán ir a recibir la "Luz" en el seno de las Logias Escocesas Rectificadas [...] únicamente, por su tradición histórica, sus orígenes, el Rito Escocés Rectificado es susceptible de servir de matriz egregórica a un Martinismo auténtico y activo. Solamente él podrá dar la vida oculta a sus Logias, solamente él puede enlazar ocultamente, en los Tiempos y a pesar de los siglos, con los verdaderos "Superiores Desconocidos" de antaño [...] aquellos que aspiran a encontrarlos en espíritu, en el humo de los incensarios ritualicos y en la claridad de los misteriosos candelabros [...]." (R. Ambelain, "Le Martinisme contemporain et ses véritables origines", *Les Cahiers de Destins*, 1948, p. 31.)

[6] Antoine Faivre indica sobre este punto: "*La Reforma de Lyon se llama en Rusia "Martinismo" en razón de los rasgos que le son comunes con la filosofía de Saint-Martin; ella hace numerosos prosélitos, entre ellos el príncipe Gagarin; distintas logias adoptan los tres grados simbólicos comunicados por Willermoz. En 1784, la muerte de Schwarz* [Johan Georg Schwarz, de origen alemán, profesor de filosofía en Moscú, se encontró con que Willermoz le confió en el Convento de Wilhemsbad las Instrucciones y autoridad necesarias para la apertura de Logias Rectificadas en Rusia], *no interrumpió esta evolución. Su amigo, el C.B.C.S. Nicolaï Novikof, le sucedió ese mismo año; fundó la sociedad tipográfica de los Amigos –que traducía y publicaba cantidad de obras esotéricas y masónicas- de la que se ocupó Lopouchine. El "Martinismo" hizo entonces grandes progresos en las logias al mismo tiempo que difundía en la sociedad profana los libros de Saint-Martin* (De los Errores y la Verdad *aparece en 1785 en una traducción de P. Strachov). Serge Ivanovitch Plechtchéieff, gran funcionario de Estado, contribuye mucho en introducir las ideas del Filósofo Desconocido; bajo Caterina II, crea centros bhomistas y martinistas enrolándose luego en la secta aviñonesa de Dom Pernéty.*" (A. Faivre, *L'Esotérisme au XVIIIe siècle en France et en Allemagne*, La Table d'Émeraude/Seghers, 1973, p. 168-169.)

4. Finalmente, y este es el criterio más clásico y corrientemente admitido, es "Martinista" el miembro de la "Orden Martinista" constituida entre 1887 y 1891 por Papus (1865-1916) y Agustin Chaboseau (1868-1946), o de una de las múltiples "Ordenes" derivadas de esta estructura histórica, que a pesar de numerosos aspectos delicados respecto a ciertas incertidumbres concernientes a las filiaciones respectivas reivindicadas por sus dos fundadores, presenta al mismo tiempo la ventaja, este es a nuestro juicio el punto esencial de haber preservado la herencia y haber dado a conocer, en ocasiones ciertamente bajo un ensamblaje heteróclito y un fárrago relativamente curioso muy en relación con la atmósfera propia del ocultismo del siglo XVIII, la doctrina de Martinès de Pasqually así como la obra y el pensamiento del Filósofo Desconocido[7].

Establecidos estos criterios, y la dificultad terminológica superada -al menos eso esperamos-, podemos permitirnos -eso creemos- el referirnos a un pensamiento "Martinista" más allá de las escuelas, las Ordenes y los círculos declarados como tales al hilo de los tiempos, y emplear esta denominación en su sentido original, o sea, como se entendía en Rusia en época de Catalina IIª (1729-1796) y de Pablo Iº (1754-1801)[8], es decir, evocando la corriente espiritual extrayendo sus referencias históricas y doctrinales de Martinès de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin o Jean-Baptiste Willermoz, independientemente de las muy nítidas diferencias de apreciación e incluso de importantes divergencias -que conviene a buen seguro no olvidar ni dejar en silencio-, que hayan podido existir entre estos tres maestros, lo que les llevó por otro lado a escoger actitudes y "vías" bien distintas respecto a la manera de vivir su compromiso iniciático ("vías" que deberían lógicamente conducirnos, para mayor claridad, a distinguir nítidamente el "martinesismo", del "san-martinismo" y del "willermozismo"), pero reencontrándose los tres, ya que lo que los une sobrepasa ampliamente lo que los separa, en tanto que figuras emblemáticas de una idéntica doctrina de la "Reintegración", doctrina designada para la posteridad bajo el nombre de "Martinismo", tomando siempre la precaución de precisar lo que conviene entender por este término, y recordando, como bien haremos, los matices que imponen sus diversas formulaciones.

Todo esto explica pues por qué el reconocimiento que los "hombres de deseo", los "Martinistas" de hoy, deben a estos maestros, es inmenso, y cada uno convendrá en que no haremos nunca esfuerzo bastante a fin de profundizar las luces y tesoros que nos son legados, correspondiéndonos la imperativa misión de hacer fructificar y no dejar en el olvido para que cada generación pueda nutrirse y perennizar su saber superior y precioso conocimiento, saber y conocimientos indispensables para la continuación de los trabajos iniciáticos cuyo objetivo, claramente expresado, es hacer lo necesario para que el hombre pueda reencontrar al final de un itinerario en ocasiones largo y difícil, pero que constituye

[7] No olvidemos esta bella página de Papus, en la que explica, con exactitud, que el Martinismo consiste: *"en la adquisición, por la pureza corporal, anímica y espiritual, de los poderes que permiten al hombre entrar en relación con los seres invisibles, aquellos que las iglesias llaman ángeles, y alcanzar así, no solamente la reintegración personal del operador, sino también la de todos los discípulos de buena voluntad"*. (Papus, *Martinésisme, willermozisme, martinisme et Franc-Maçonnerie,* Remeter, 1986, p. 7 – Publicado en castellano por la Editorial Manakel, Madrid 2008, bajo el título "Francmasonería Iluminista". N. del T.).

[8] Podemos leer con provecho, tratándose de la originalidad del "Martinismo" Ruso, el muy interesante y esclarecedor estudio de Daniel Fontaine: "Le Martinisme Russe du XVIII siècle à nos jours", *Les Cahiers Verts* nº 6, 1981, p. 9-28. (Este estudio fue traducido al castellano por Ramón Martí y publicado en el Boletín Informativo nº 2 del GEIMME de Enero de 2.004. N. del T.).

para cada hijo de Adán, de todas formas, el sentido principal de su paso por este mundo, su *primitiva propiedad, virtud y poder espiritual divino*.

*

Habremos comprendido la vinculación a la cadena espiritual de la transmisión que enlaza a los adeptos actuales con los maestros pasados, de naturaleza todavía más sutil y penetrante que en otras corrientes tradicionales, confiriendo por otra parte una significativa singularidad a esta "vía", que se expresa siempre de manera bien concreta y muy simbólica en los trabajos martinistas a fin de manifestar los estrechos lazos que unen a los miembros vivos con aquellos que se han distinguido, a través de la Historia, por su servicio cerca de los santos altares de la Divinidad. Esta noción de "servicio" dedicado a la glorificación del Nombre del Divino Reparador, el Mesías, es hasta tal punto fundamental en el Martinismo, que bien podría darnos a comprender el sentido verdadero de las dos letras, de las que se sabe hasta qué punto están ligadas a esta "Sociedad" cuando esta fue constituida y organizada en una Orden propiamente dicha, puesto que corresponden a su grado último, a saber "S" "I", letras tan a menudo incomprendidas y habiendo recibido interpretaciones erróneas, entre las que la más corriente consistía en conferir a aquellos que eran designados como tales una superioridad que jamás fue objeto de su función, antes al contrario, puesto que estas dos letras traducen simplemente el estado de "Servidor", de "Servidor Desconocido" oculto detrás la segunda puerta del Templo, dedicado y consagrado a la plegaria ofreciendo perfumes al Eterno.

El Martinismo, en efecto, si es fiel a su misión, debe ser, evidentemente, una escuela de plegaria, conforme a las enseñanzas de Louis-Claude de Saint-Martin del que se sabe con qué fuerza insistía sobre la necesidad y previa purificación del corazón para avanzar en el Santuario de la Verdad; es también un auténtico seminario donde son progresivamente descubiertos, y puestos en manos del iniciado, los "objetos" del culto interior, los instrumentos sagrados que tendrá que utilizar para presentarse ante la faz de Dios. Vía "cardíaca" de adoración, apoyándose y fundamentándose en la práctica de la contemplación y la alabanza, el Martinismo es pues, de alguna manera, un Arca, donde piadosamente es conservada la práctica de la celebración de la Alianza del Creador con el hombre, pero con un hombre santificado, regenerado "perpetuamente y por completo en la piscina del fuego, y en la sed de la Unidad", como lo expresa magníficamente el "Filósofo Desconocido", a fin que pueda cumplirse la principal religión, aquella que consiste en religar y volver a reunir "nuestro espíritu y nuestro corazón con Dios", para que el hombre sea restablecido en las prerrogativas de su primer origen, cumpliéndose, en definitiva, su indispensable "Reconciliación".

De manera premonitoria, Saint-Martin había previsto, sabiendo la lentitud del progreso del alma humana, que su acción no daría sus frutos si no después de haber dejado esta tierra. Su inmenso mérito, del que cada Martinista celebra en el presente su aspecto providencial, es el haber sabido, durante el tiempo de su paso por este valle de lágrimas, devolvernos a la memoria los deberes que nos impone nuestra verdadera esencia, profetizando con una rara lucidez: *"Mi tarea en este mundo ha sido la de conducir al espíritu del hombre por vía natural hacia las cosas sobrenaturales que le correspondían por derecho, pero de las que había perdido totalmente la idea, fuere por su degradación, fuere por la falsa instrucción de sus*

institutores. Esta tarea es nueva, pero llena de numerosos obstáculos; y es tan lenta que no será si no después de mi muerte que dará los buenos frutos." (*Mi Retrato histórico y filosófico*, 1135).

*

Es importante pues, en tiempos en que la confusión intelectual reina por completo sobre los espíritus y las conciencias, que se emprenda no solamente un llamamiento, sino, mejor aún, un retorno a las bases fundamentales de la doctrina de los maestros venerados, única y sola posibilidad de evitar las trampas, abiertas de par en par, capaces de engullir las mejores intenciones y romper brutalmente las voluntades más sinceras. La perspectiva Martinista está fundada sobre un conjunto de principios que es necesario poseer, profundizar en ellos, estudiar y respetar escrupulosamente. Es el sentido mismo de la obra espiritual atribuida a los hombres de fe sinceros que forman la "Sociedad de los Íntimos", es decir, precisando y según la expresión escogida, la "Sociedad de los Independientes", única "Sociedad" invisible, soñada y deseada por el Filósofo Desconocido, reagrupando a los verdaderos y puros amigos de la *Sophia*, que corre el riesgo de verse totalmente desfigurada y pervertida en provecho de falsas vías dispensadas por maestros indigentes.

Es por lo que la nueva "tarea", de la que habla Saint-Martin, y que nos incumbe particularmente, al menos si consideramos como íntima y vital su imperiosa invitación a pasar de las cosas naturales a las cosas sobrenaturales que nos están reservadas "por derecho", es la de obrar por la santa reconciliación del hombre con el Eterno. Ciertamente, el camino no es simple ni fácil, pero ya es hora que sean claramente reafirmados los elementos doctrinales efectivos de la "vía" Martinista, de tal manera que los perfumes destinados a quemar sobre el altar que les está reservado puedan elevar hacia el Cielo un incienso de aroma agradable, ofrecido con corazón puro y espíritu de verdad; incienso que represente la santa y adorable ofrenda sobre la que desciendan, tal vez, para la inmensa alegría de los "Servidores Desconocidos" del Templo reedificado "místicamente", las inestimables bendiciones del Señor.

El Martinismo, rodeado de tantos enigmas, recubierto por un impresionante halo de oscuridad, no tiene otra misión que esta: obrar secretamente y lejos del mundanal ruido, para llevar al espíritu del hombre, extrayendo de él los vestigios degradados que componen su triste condición, hacia las realidades sobrenaturales a las que está llamado y predestinado desde los primeros instantes de su "emanación". Trabaja igualmente en lo invisible para ayudar al "Menor" espiritual a reencontrar al término de su itinerario el lugar que le correspondía desde siempre en el seno del mundo celeste; trabaja para que su corazón, después de haber dado misteriosamente aquí abajo nacimiento al Verbo, pueda finalmente reposar y fundirse, por toda la eternidad, en el corazón del amor universal del Divino Reparador.

EN LOS COMIENZOS DE LA VÍA INICIÁTICA[9]

SERGE MARCOTOUNE

Serge Marcotoune (Sâr Hermes), nacido en junio de 1.890 en Kiev, abogado internacional y egiptólogo, fue Filósofo Desconocido del *Soberano Capítulo San Andrés Apóstol nº 1* de Ucrania (martinismo ruso). Recibió el grado de Asociado en Rusia y el de Iniciado en Italia, el 3 de noviembre de 1912, y el grado de S.I. a su vuelta a Rusia. Jean Bricaud le dirigió una carta nombrándole Delegado del Supremo Consejo para Ucrania, carta firmada por Bricaud, Magnet, Victor Blanchard y Teder. El 25 de diciembre de 1912 recibió del *Capítulo San Juan Apóstol* de Moscú la carta patente autorizándole a fundar el *Capítulo San Andrés Apóstol nº 1* y una carta del Supremo Consejo Ruso nombrándole Delegado especial ante los gobiernos de Kiev – Tchernigov - Poltava. El 5 de enero de 1915 es nombrado miembro de honor del *Capítulo San Juan Apóstol* de Moscú.

Miembro del gobierno Ucraniano en 1917, intentó por todos los medios mantener Ucrania fuera de la revolución y continuó haciendo trabajar a su grupo hasta 1920.

Después de su llegada a Francia, reagrupó a ucranianos y rusos para fundar un nuevo Capítulo, primeramente bajo el nombre de *Renacimiento* y con autorización del Gran Maestro francés Jean Bricaud (carta patente de 22 de diciembre de 1920), más tarde bajo el nombre de *San Andrés Apóstol nº 2*.

Serge Marcotoune llegó a publicar en Francia un resumen sorprendente de la doctrina Martinista enseñada en Rusia bajo dos títulos: “La Ciencia Secreta de los Iniciados” (París, 1928 y 1955) y “La Vía Iniciática” (París, 1956); a esta última obra pertenece el texto que aquí presentamos.

Durante toda la ocupación alemana, de 1939 a 1944, el *Capítulo San Andrés Apóstol nº 2* se reunió regularmente, rogando incansablemente por todos los Hermanos y hombres en desgracia.

De 1945 a 1953 el Capítulo funcionó normalmente, pero con esta fecha, el Fil. Desc. se retiró a España sin dejar sucesor. Solo algunos años después, en 1969, autorizó a un Hermano del Capítulo a constituir un nuevo grupo Martinista en París, heredero en línea directa del *Capítulo San Andrés Apóstol nº 2* y de *San Juan Apóstol de Moscú* (carta patente de julio de 1969).

Serge Marcotoune murió el 15 de enero de 1.971 en Santa Cruz Tenerife, Islas Canarias.

(Ver Boletín Informativo nº 2 del GEIMME de enero de 2.004: El Martinismo Ruso del siglo XVIIIº a nuestros días, por Daniel Fontaine)

I. REALIDAD DE LA VÍA INICIÁTICA

Analizando las concepciones tradicionales en “La Ciencia secreta de los Iniciados”[10] hemos constatado que ese conjunto de símbolos y de ideas afirmaba la realidad de la Iniciación en la vida. Lo imponía como único fin para el hombre evolucionado.

Afirmamos que las posibilidades de la evolución humana son infinitas. Y reconocemos también que en un cierto nivel de esta evolución el hombre se vuelve superior. Dicho de otro modo, alcanza horizontes, conoce sentimientos inaccesibles para el hombre ordinario, se vuelve apto para reglamentar su conducta y sus realizaciones en un plano altamente espiritual e iniciático. Como la base de todas las ideas iniciáticas es siempre el desarrollo, la riqueza de la experiencia interior del hombre, es en la medida de este desarrollo que el plano, el entorno en el que vive, se amplia, enriqueciéndose con visiones creadoras y nuevas ideas-fuerza, siempre dinámicas. Constatamos en nuestro primer volumen que el hombre está llamado a elegir entre

[9] El texto corresponde al Libro Primero de la obra *La Voie Initiatique* (La Vía Iniciática), de Serge Marcotoune, editada en 1.956 en París por la Librairie Honoré Champion.
[10] *La Science Secrète des Initiés*, Serge Marcotoune, Librairie Honoré Champion, París 1.928 y 1.955 (2ª edición).

las diferentes orientaciones presentadas por la vida. Estas orientaciones pueden ser de valor variable, correspondiendo a sus principales intereses, impulsándole hacia el bien o el mal, con fines puramente materiales o de carácter espiritual.

Hemos demostrado también que, en esta gama de esquemas esotéricos del mundo, todas las categorías de intereses poseen su lugar, su finalidad determinada.

Hemos constatado que el mal, los intereses malvados, inspirados por el puro egoísmo, tienen sus raíces en el plano astral, el de las formas inestables, cambiantes, mentirosas, donde todas las concepciones siempre están limitadas en un clima que no cesa de cambiar, donde nada de constructivo, de duradero, de resistente puede existir.

Es por lo que hemos notado que la Tradición esotérica afirma que la victoria del mal, de las intenciones malvadas, egoístas, siempre es pasajera. En el conflicto de los polos del Bien y del Mal, el triunfo finalmente pertenece al Bien en cada ciclo cósmico.

Y hemos señalado que los intereses y las concepciones estrictamente materiales, unidos al plano físico, confunden la herramienta y el objetivo, careciendo del gran soplo creador que únicamente proporciona la unión (vínculo) con el plano espiritual.

En este plano espiritual existe una categoría de ideas de una importancia histórica capital: las religiones, o sea, el dogmatismo espiritual. La importancia capital de las religiones en la evolución histórica de la humanidad es que en ciertas épocas -consecuencia de ciertos estados espirituales típicos de tal o cual masa humana- fijan esos estados bajo la forma de dogmas, de bases inmutables en la vida de un pueblo determinado. Y estas religiones se otorgan así mismo el derecho de excluir como nocivo todo aquello que se opone a sus dogmas.

Es así cómo, en el curso de nuestra historia, las religiones están llamadas a crear concepciones de alguna forma “piramidarias” (piramidales), durables, condicionando el orden de la vida de su pueblo. Y con su principio de aislacionismo (las “gentes de fuera” eran en Egipto, en China y en casi todas las civilizaciones antiguas, siempre consideradas come indeseables), las religiones han logrado crear un tipo de seres con reacciones, sentimientos e impulsos que corresponden a sus dogmas básicos.

Ciertos de estos estados “Piramidarios” eran sólidos, pero han petrificado, por su misma solidez, el ritmo de evolución del pueblo. Y, después de siglos, estas concepciones graníticas se descompondrán siempre desde el interior: ya no existía el espíritu vivificante.

Habiendo constatado este aspecto dañino del dogmatismo, no podemos negar sin embargo que las formas durables, sólidas, así creadas, preservaban a los pueblos de las amenazas de las corrientes del plano astral, de la anarquía pura y simple, o de las ideologías extravagantes.

Las ideas religiosas manifiestan una era de la evolución humana y representan, a veces, los peldaños sólidos de la inmensa escalera de esta evolución.

La falta de flexibilidad, el fanatismo, la lucha contra las nuevas ideas, son compensados por el hábito secular de manejar la raza, de liberar al pueblo de la barbarie recordándole la existencia de lo espiritual. Por esto la Tradición iniciática siempre guarda una actitud respetuosa respecto a las grandes religiones, considerándolas como etapas necesarias y aliadas con vistas al objetivo final: la reintegración de la humanidad.

Somos hoy en día testigos del grave descenso del nivel de la cultura y del standing moral en diversos países, descenso ligado a la persecución de la idea religiosa o espiritual. Ahora bien, si la evolución humana pone como condición esencial el dinamismo colectivo e individual, hay que permanecer en guardia y mantener constantemente su lámpara preparada, siguiendo la parábola del Cristo[11].

[11] Mat. 25:1-13.

Este estado de vigilia permanente es ciertamente muy difícil para los individuos, y aún más para los pueblos. También la Tradición iniciática tiene siempre pioneros que, Templos tras Templos, avanzan siempre en la búsqueda de un nuevo Santuario más digno de la presencia del Señor.

La Iniciación, en el sentido más amplio del término, se construyó así en base a la acción de estos pioneros que señala la llama de Prometeo. Ellos consagran su vida a la búsqueda de planos siempre superiores, al precio de grandes esfuerzos y sacrificios.

En el sentido más estricto, la Iniciación esotérica nos ofrece una tradición, es decir, un conjunto de ideas y de aspiraciones tan antiguas como la humanidad, que data del momento en que se despertó en ella la concepción de lo Espiritual. A aquéllos que siguen la Vía, les facilita la materialización de los objetivos a los que aspiran en su vida espiritual.

No se trata de ocultismo, de falsos profetas, de prestidigitadores, ni de Cagliostro o de pretendidas Agarthas. Esos falsos profetas representan, por el contrario, una prueba, sobre todo al comienzo de la Vía iniciática, en tanto que el hombre no está aún maduro ni lo suficientemente advertido para discernir lo verdadero de la falsificación interesada.

Un hombre de corazón, verdaderamente estimulado por el deseo de lo espiritual, comienza normalmente, en sus experiencias interiores, por la práctica de concepciones que le enseña la Tradición esotérica. Estas concepciones se encuentran en las leyes esenciales de la Tradición, tal como la ley de los Números. Y el hombre de corazón saca las conclusiones aplicables a su conducta y a sus esfuerzos cotidianos - como sus esfuerzos de análisis y de síntesis de la ideología esotérica.

Realización difícil, lo reconocemos. Pero es el único comienzo sano, a condición de que se apoye sobre ciertas concentraciones interiores, y sobre esfuerzos para disminuir la presión de la vida cotidiana. Además es necesario que la Iniciación pase ante cualquier otro objetivo. Entonces los progresos del Buscador de la Verdad están asegurados, sobre todo si comprende en primer lugar que la Tradición iniciática no se compone de teorías exclusivamente filosóficas o abstractas, sino que está hecha también de pensamientos que, en sus conclusiones, encierran siempre consideraciones prácticas y una línea de conducta a seguir.

Los ojos y los oídos deben estar abiertos cuando se avanza por la Vía iniciática. No de entusiasmo momentáneo, de fe ingenua, inexplicable, sino más bien al contrario de una serie de decisiones del espíritu de equilibrio y buen sentido. Los entusiasmos se desvanecen al primer obstáculo y abastecen a ese ejército de lectores de obras ocultistas que, a continuación, reemplazan las ideas de su religión por supersticiones confusas.

Toda ciencia humana demanda esfuerzos, un entrenamiento de capacidades en la rama escogida. La vía iniciática, basada en la experiencia interior y la perseverancia en los esfuerzos, exige además mucho entrenamiento y constancia: se trata ante todo de aumentar el coeficiente espiritual de su vida.

Sean cuales fueren su estado social, su profesión e incluso su religión, muchos seres de países diferentes eligen la Vía espiritual y se esfuerzan por espiritualizar su existencia. Estos son los Justos de los que habla la Biblia, que a veces iluminan la vida gracias a su saber y a su fuerza. Si estos justos no existieran, el canal que nos une al plano espiritual estaría cerrado y la humanidad se hundiría en una catástrofe definitiva.

Felizmente, en el alba de la humanidad, un Testamento fue dado, concluyendo la alianza del Todopoderoso con los humanos. Ese Testamento afirma que en la lucha por la Reintegración, la victoria corresponderá al "principio humano", la Obra del Hijo de Dios será cumplida, pues su sacrificio no puede ser en vano.

La Iniciación es una realidad, realizable por cada ser normal y de buena voluntad. Por

difícil que sea al comienzo, cuando se trata de cambiar la tonalidad de su vida, el Buscador de la Verdad entra gradualmente en un ritmo espiritual que le ayuda poderosamente. Después viene el apoyo de ciertas fuerzas espirituales que protegen a los verdaderos buscadores hacia las intenciones sinceras y definitivas.

En el desarrollo moral, en el encadenamiento de las pasiones, de los instintos, de las locuras de nuestra época, el gran mensaje de hoy en día[12] es *la necesidad de realizar la Iniciación, comenzando inmediatamente por sí mismo*: el esfuerzo individual por vivificar las ideas iniciáticas despertará siempre un poderoso eco en el medio al que pertenece el buscador.

Debemos aún indicar las particularidades del contexto de la Vía iniciática. El clima siempre se encuentra orientado hacia lo impersonal. Mientras que la experiencia iniciática evoluciona, la personalidad profana cede progresivamente el paso al ser interior. Este guarda la huella del origen divino de la mónada humana.

El hombre "del interior" es siempre conducido a aproximarse a su plano de origen, a unir su voluntad a la del Todopoderoso, a fundir su personalidad en Dios. Su valor aumenta en la medida de esta fusión con Dios y de las concordancias de su personalidad con Él. El hombre reacciona contra su conciencia egoísta, siente las necesidades de la evolución universal por la que siempre debe obrar.

La personalidad del ser interior se vuelve naturalmente impersonal: los objetivos personales del desarrollo de su mónada coinciden con los fines evolutivos generales y totales.

El Iniciado, partiendo de este hombre interior, prueba, instruido por sus experiencias, a rechazar su egocentrismo habitual transmutándole para que sirva a la Causa sagrada. Esta transformación de los estados personales en estados impersonales es -inútil decirlo- muy lenta y muy difícil. Y la dificultad reside en el hecho de que el Iniciado, poseyendo grandes capacidades de desarrollo, está a menudo dotado de una fuerte personalidad. Las personalidades fuertes se caracterizan por sus tendencias hacia el egocentrismo, hacia el espíritu de mando. La Iniciación aprecia necesariamente mucho las naturalezas fuertes y ha conocido en el curso de su historia a toda una serie de seres remarcables en el dominio del pensamiento, de los escritos, de todas las creaciones de la vida.

El espíritu de Sabbaoth, en el seno del Demiurgo, siempre es exclusivo, reflejándose sobre el plano terrestre por un modo de pensamiento y de acción que nuestros contemporáneos denominan como dictatorial. La inteligencia más sutil del entrenamiento iniciático es orientar al hombre sobre el conocimiento de la necesidad de servir a la Causa universal, de sacrificarse por ella, pero utilizando todo el valor de su personalidad.

En nuestro poema sobre Sabbaoth[13] hemos dicho la manera en que el Demiurgo Sabbaoth había materializado la Idea Sacrificial en todas sus emanaciones. Esto para llegar al gran perdón del mundo rebelde luciferino penetrándolo con la luz de su Misericordia. Así mismo, las naturalezas fuertes, dotadas con grandes capacidades, deben, cultivando esta conciencia de lo universal, llegar a servirla por una serie de sacrificios. Lo impersonal se volverá así más y más poderoso en el espíritu de estos seres, tan personales al principio.

Los iniciados de Oriente cultivan la personalidad por toda una vida de contemplación: las ataduras con los intereses de la vida cotidiana son rechazadas como ilusiones peligrosas capaces de envenenar el espíritu de un ermitaño. Una sucesión de entrenamientos largos y severos tiene lugar para dominar las reacciones del cuerpo físico y de los sentimientos más naturales sobre el plano de la existencia humana.

Prácticamente el iniciado oriental abandona a los hombres a causa de los torbellinos de

[12] Ver libro VI, capítulo I.
[13] Ver "La Ciencia secreta de los Iniciados", pag. 249.

su vida, torbellinos que obscurecen los estados superiores del alma, impidiendo su desarrollo. Pero ese mundo de iniciación monástica, por así decir, prohíbe a veces la participación directa en la construcción de la vida de los colectivos humanos. El método es, puede ser, excelente para preparar grupos de iniciados de naturalezas receptivas a las revelaciones de los planos superiores, pero descarta la acción sacrificial por la evolución universal.

La Iniciación cristiana, por la imagen de la Encarnación del Hijo de Dios, Salvador de los hombres, se apoya sobre la necesidad de la participación en la obra constructiva entre los colectivos profanos. Por contra, muy a menudo, en los países orientales, el pueblo que proporciona una serie de iniciados superiores se encuentra en el abandono y, a veces, en total descomposición.

Nuestro papel es el de constatar los hechos con todo respeto hacia las diversas formas de aplicación de la Iniciación. El deber del iniciado cristiano, Caballero de Cristo, es el de obrar sacrificialmente para iluminar a su prójimo y el de construir siempre en nombre del amor fraternal que porta. En sus esfuerzos por construir el Templo del Reino Dios sobre la Tierra gana sus estados impersonales, transmutando sus tendencias personales y egoístas.

No hay que perder jamás de vista que el hombre es, ante todo, un ser astral y emotivo, nada estable en sus reacciones ni tampoco en sus decisiones. No son el cálculo lógico, el conocimiento de sus intereses materiales u otros, ni los procesos simples de la naturaleza los que le dirigen - todo esto queda en segundo lugar.

Los choques de emotividades astrales, inatendidas e imprevisibles, son a menudo la base de los acontecimientos más importantes de la historia humana. Según la dialéctica materialista, los intereses económicos "deberían" ser lógicamente el esbozo de la conducta de los hombres... "Deberían", pero no lo son. El hombre se siente inclinado por su naturaleza astral a actuar contra sus propios intereses reales, incluso los económicos. Cuando el hombre es vencido por la vida se aproxima a los intereses materiales, sobre todo bajo la forma de vicios, también astrales: avaricia sórdida, intenciones maniacas. Así mismo los antiguos pueblos domados por las pruebas de su historia pierden su impulso, volviéndose demasiado ahorradores, mezquinos, privándose de grandes horizontes, de nuevas posibilidades.

Ni la dialéctica materialista ni la lógica filosófica dirigen realmente al hombre; incluso en el cuaternario, ley de acción y de composición de las formas, él encuentra su tercer sector, sector donde los imponderables y los imprevistos deciden en última instancia.

La práctica de la vida iniciática está orientada, por sus métodos y sus entrenamientos, para que el hombre sepa resistir a estos imprevistos, canalizarlos, o se sirva de ellos si provienen de fuerzas bienhechoras y protectoras, y para que sepa prever esos imprevistos con el fin de gobernarse a sí mismo y guiar a los demás. Es por ello que es tan importante conocer el carácter de las ligaduras del hombre con el plano astral y su dependencia de ese plano.

Este libro afirma que el hombre no iluminado es presa de las sombrías influencias astrales que ignora frecuentemente o niega (lo cual facilita el dominio de las fuerzas astrales malvadas). Es necesario controlar y limpiar estos contactos con las influencias astrales. Si su voluntad es iluminada, si ha aprendido a reaccionar con pleno conocimiento de causa sobre dichas influencias astrales, el hombre comprende su lugar en el Universo y en su universo personal. En este caso únicamente puede seguir la Vía y vivir iniciáticamente.

II. LA PRÁCTICA DE LA VIDA INICIATICA

Exponiendo la síntesis de la ideología esotérica en "*La Ciencia secreta de los Iniciados*", supimos que el valor de estas concepciones residía en su aplicación en la vida.

Los problemas de la construcción del "Templo", del Reino de Dios sobre la Tierra, del conjunto de la evolución del alma y de la reintegración del Universo, proporcionan a las ideas iniciáticas un carácter dinámico y activo.

No hablamos en nuestro primer volumen de la práctica de la vida, pero conservamos el título completo con el fin de indicar el plan constructivo final, tanto para lo colectivo como para el individuo.

No olvidemos que la iniciación esotérica no es una filosofía, su objetivo no es el entrenar al espíritu humano sobre especulaciones metafísicas. Los Antiguos llamaban a la Iniciación -la Vía de la Sabiduría- sistema para colocar cada cosa en su lugar en el entorno, de juzgar las circunstancias en cuanto a su valor moral y creador. Todo esto para ayudar al espíritu a evolucionar, a volverse cada vez más objetivo, limpio, apto para respirar el aire puro de las más altas cimas de lo espiritual.

Se sublima así su vida individual, sus intereses egoístas, las aspiraciones nacidas del instinto, elevándose hacia un plano donde el espíritu liberado puede moverse con facilidad.

La Iniciación no es una escuela de filosofía, ni de ciencia, ni tampoco un dogma que impone un predicador y gracias al cual espera equilibrar los instintos y las reacciones de las masas según su punto de vista. Los que se inician son pioneros, respondiendo a la llamada de su experiencia interior. Como todos los pioneros, no son especialmente seres de un intelecto excepcional; a menudo no poseen un genio o talento especial. Un iniciado puede no ser destacable: el Cristo hizo llamar a personas simples, de caracteres y cualidades muy variadas.

La forma en que se realiza la iniciación en su propia vida es múltiple: gentes de todos los valores, de todos los niveles, pueden ser llamadas a aportar su óbolo en la construcción del Templo de la evolución humana, así como en la de su propio Templo interior.

Hemos dicho que la Iniciación es, antes que nada, la aliada de las religiones esclarecidas, pues ella implica, ante todo, un estado de espíritu que exige un cambio profundo en la vida personal. Esta transformación no impide de ninguna manera la práctica de tal o cual religión a la que el Buscador de la Verdad se encuentra ligado por sus creencias de base, aquéllas del colectivo al cual pertenezca.

Constatamos, en resumen, que en la mayoría de las religiones no existe ningún conflicto con el estado del espíritu iniciático. Entre las religiones cristianas, todas las formas de protestantismo y la religión ortodoxa se adaptan muy bien a estas tendencias. Puede ser que haya, con la religión católica, a veces muy exclusiva, un clima de choque. Sin embargo, en el país en que el catolicismo es mayoría, más iluminado, las aspiraciones iniciáticas de los buenos cristianos facilitan la labor de la Iglesia.

Realización y aplicación, aplicación y realización, tal es el sentido de la Vía iniciática. Fuera de la Iniciación, únicamente preparación libresca y juego de espíritu. A veces, seres fácilmente crédulos, fácilmente exaltados, creen que sumergiéndose únicamente en los meandros de la Cábala, o en las obras de un ocultista tortuoso, descubrirán las verdades y se encontrarán sobre la Vía. ¡Ilusiones! Que habitualmente desaparecen rápido y dan lugar a otros entusiasmos o a una indiferencia total.

El mismo fenómeno sucede en ciertas sociedades llamadas secretas, usando fórmulas simbólicas: entusiasmo al principio, inercia a continuación. Sin embargo, en la medida en que esas organizaciones se vuelvan vivas y activas, sus símbolos se adornan con imágenes de aplicación en la vida, tomando la forma de ideas generosas reflejando la ascensión del espíritu hacia las corrientes esotéricas.

Cuando la búsqueda iniciática se vuelve real, actuando sobre el modo de vida, las realizaciones y las pruebas, sean cual fuere su envergadura, el Buscador de la Verdad poseerá finalmente una prueba decisiva del valor de las concepciones esotéricas.

Entonces se encuentra uno sorprendido por la diferencia de vida antes y después de la Iniciación: la fe, la experiencia interior, se transforman poco a poco en certidumbre. El hombre sabe que la noche del bosque dantesco de las pruebas ha desaparecido. Sean cuales sean en adelante las dificultades, él sigue la Vía que le dirigirá hacia su objetivo, y sobre todo, comienza a presentir la tarea grandiosa que incumbe a cada ser humano: hacer de su vida, de sus esfuerzos, una piedra pulida para la construcción del Templo inmenso de la reintegración humana.

Y este hombre puede decir, como se puede leer en ciertos escritos de los Rosa-Cruz de la Edad Media: "He presentido el Reino de Elías Artista, he recibido el signo de la realización de este Reino de la humanidad definitivamente evolucionada y liberada de las consecuencias de la Caída".

Esta concepción equivale al idealismo integral: ella afirma que, para todo ser espiritualizado, la vida en espíritu, en Dios y por Dios, es el verdadero objetivo de la existencia individual y de la historia del colectivo humano. Así la síntesis esotérica de nuestra "Ciencia secreta de los Iniciados" impulsa necesariamente hacia la obligación de crear una obra o, más pertinentemente, de hacer de su vida una obra.

Los esoteristas de la Edad Media amaban la expresión "Gran Obra". Analizando la suma de las ideas que representan al contenido de la Gran Obra vemos, en efecto, que se trata de la transmutación integral de todos los planos de nuestra vida cualesquiera que éstos sean: vida interior , vida social e incluso plano físico. Pues las Santas Escrituras hablan de un nuevo Cielo sobre la Tierra purificada, liberada de todos los trazos de la tragedia inicial de la Caída.

La Iniciación aplicada considera a los seres humanos y a la humanidad entera como instrumentos que, aprovechando las indicaciones de la ciencia iniciática, participan de la Gran Obra universal. Afirmando que esta acción es universal, como continuación y sentido del Sacrificio del Hijo de Dios, afirmando que esta es la estructura misma del mesianismo, esta ciencia hace participar a la humanidad en el Misterio esencial del Génesis.

Es interesante observar la forma en que la Iniciación opera con un hombre. Intenta arrancarlo del estado estático donde se petrifica y que, con el tiempo, lo reduce a una masa inerte, condenada a la destrucción por el debilitamiento, la descomposición de las fuerzas físicas. Para este objetivo, la Iniciación utiliza un proceso sistemático, liberador de ilusiones, que inclinan al hombre a permanecer en la inmovilidad. Ella le sitúa en otro plano: allí, cada etapa de su vida, hasta incluso su último día, puede representar una utilidad y transformaciones eternamente vivas a gran escala.

Es también curioso ver cómo la Iniciación demuestra al ser humano la inutilidad completa de sus hábitos, de sus intereses. Ella exige sacrificios que le liberan de las cosas nocivas y le revelan otras perspectivas inatendidas, siempre próximas, pero que aún no había percibido.

Desgarra las anteojeras que fijan artificialmente su atención hacia los intereses establecidos por la presión de las costumbres. Le muestra así la Luz plena de la gran vida de las eternas transmutaciones donde cada uno de sus talentos -en el sentido del Evangelio[14]- le aportará otros. La magnificencia de la Shekinah, de la que hablan los cabalistas en su lenguaje imaginario, le apartará, tras las veladas sombras de sus ilusiones, de sus ideas fijas, que le aplastan y destruyen.

Es por esto que los grandes reformadores religiosos consideraron siempre la Vía espiritual como una liberación definitiva de todo lo que domina al espíritu humano. El Cristo jamás ha querido inclinarse ante el Príncipe de este Mundo, este mundo del que Buda jamás

[14] Mat. 25:14.

quiso aceptar su ilusión.

Admitimos que después de estudios serios y tras mucha reflexión, una persona coincide plenamente con estas ideas y decide firmemente seguir la Vía iniciática. Una pregunta aparecerá: ¿Por qué no comenzar por no quedarse en el dominio puramente filosófico y colocar la primera piedra constructiva de ideas iniciáticas en su vida?

Para comenzar bien[15], en primer lugar hay que consagrar en su vida cotidiana un tiempo determinado, siempre el mismo, y que a pesar de todos los obstáculos siempre será respetado fielmente, liberado de la vida corriente. Una media hora al comienzo -cualquiera que sea el momento- durante la que el hombre se liberará totalmente de sus preocupaciones, permaneciendo sólo, en un lugar apartado, abandonándose a sus meditaciones. Cosa muy simple para un soltero, mucho más difícil en la vida de familia. Es indispensable, por lo tanto, poseer un medio aislado de todos los contactos exteriores para meditar.

La media hora debe comenzar por una plegaria según la religión de cada persona. Para los cristianos, por ejemplo, "*El Padre Nuestro*". Después por una meditación-concentración activa sobre un asunto determinado. Esta meditación de los símbolos debe tener su programa, su continuidad. Ejemplo: seguir los símbolos de los Arcanos uno tras otro.

Después se puede alargar el tiempo de meditación hasta una hora, añadiendo la concentración pasiva a la concentración activa. Esta pasividad está unida a un descanso total de los órganos físicos en reposo, haciendo tabla rasa de los pensamientos habituales: no pensar en nada, abandonarse a un estado contemplativo. Con el fin de precisar este ejercicio muy difícil de explicar, pero muy fácil de practicar, diremos que esta concentración pasiva debe ser como un deslizamiento siempre a continuación de la concentración activa - un estado de abandono de todo su ser a las vibraciones espirituales.

Al término de la "hora sagrada" se deben escribir algunas conclusiones que provengan naturalmente del espíritu sobre el programa del día: es decir, sobre los símbolos, sujeto de la concentración activa, partiendo de la concentración pasiva. Se recomienda tener un diario sobre estas conclusiones. Normalmente, este hábito adquirido debe crear una base para lo espiritual en la vida del hombre. Durante su duración debe eliminar en él las ideas fijas, las manías, y todo lo que pesa demasiado sobre su mentalidad.

Esta práctica debe enseñarle a reposar en lo espiritual. A condición de evitar la exaltación febril que padece a menudo "el neófito de los primeros días" y no ser demasiado exigente en un principio. No hay que olvidar que los efectos de estos ejercicios no se hacen sentir sino a la larga. Se consiguen entonces siempre buenos resultados.

Aquél que busca la Verdad con sinceridad y perseverancia estará ciertamente protegido y esclarecido.

Todos los libros de ocultismo y más particularmente ciertos procedimientos peligrosos, ocultos y espíritas, muy malsanos, deben ser evitados. Igual que los entornos, las conferencias donde se hacen malabarismos con las ideas sagradas, substituyendo, de forma a veces involuntaria, con prácticas ridículas y a menudo nocivas, las ideas graves y profundas.

La ley del noveno arcano representa al Iniciado como un eremita solitario. Hace falta, particularmente al comienzo, educarse en ese estado del espíritu de soledad. Por otro lado, son recomendables los Libros sagrados de todas las religiones, las obras de los grandes místicos, de los filósofos, de los historiadores; por último, todo lo que eleve al espíritu humano hacia las ideas amplias y generosas. Sería también muy útil que una parte de las vacaciones la consagremos a estos estudios, como un retiro en un lugar sano donde se pueda permanecer aislado. Una o dos semanas por año de completo aislamiento actuarán para la formación del espíritu y la voluntad del hombre

[15] Ver Libro V, 2ª parte, cap. I.

que quiere ser iluminado. En seguida se constituirá una especie de base en su vida, liberándole de todas las deformaciones profesionales, de la influencia de las mezquindades del entorno y, sobre todo, de los propios hábitos que pesan sobre él, especial-mente con la edad y la vejez prematura.

Es pertinente que las ideas iniciáticas practicadas, por pocas que sean, eleven el espíritu habituándolo a ver siempre con más amplitud, más alto que el horizonte de su hormiguero.

También es exacto que, necesariamente, entre la hora intangible consagrada a la preparación iniciática, al retiro, o a otras manifestaciones del mismo orden, y el resto del tiempo librado a los intereses materiales y a los obligados hábitos, se creará un cierto antagonismo. Dualismo natural que conducirá obligatoriamente a una elección definitiva.

¡Por desgracia! Esta elección tomará al comienzo el carácter de una prueba, de una barrera. Piensa en el joven hombre que pidió a Cristo el camino de entrada al Reino de Dios. El Señor le hizo comprender que, siguiendo la ley de la comunidad-Ley de Moisés bastaba, si no se quería abandonar todo por el Reino de Dios[16].

De cualquier forma esto sólo es para el pequeño número que atiende a esta fórmula indispensable y definitiva: "*la Iniciación ante todo*".

Existen en todos los países muchas sociedades espiritualistas. Algunas tratan honestamente de ser iniciáticas. Pero sin la auto-preparación de la que hemos hablado todo el tiempo, sin esta elección definitiva apoyada por un cambio de vida, esa pretensión de iniciación no desembocará al principio más que en un orgullo desplazado, después a una indiferencia ulcerada para esos "iniciados por malentendido".

Es curioso constatar este hecho: cuando un hombre no puede superar la barrera de la elección definitiva, todas las ideas iniciáticas se alejan de él con naturalidad y, por decirlo de alguna forma, se velan. Sólo queda la amargura de los esfuerzos inacabados.

Que aquél que se interese en la Iniciación reflexione bien sobre estas líneas. Gracias a nuestras experiencias tratamos de indicarle una buena dirección y, ante todo, evitarle los peligros de los primeros pasos. Cuando la barrera sea superada, cuando las direcciones se encuentren ya tomadas, no se tratará aún de una línea directa al "Paraíso". Serán numerosos los altibajos, los avances y retrocesos, pues nada es perfecto en las obras de los hombres. Lo importante es que la línea directriz sea establecida y que actúe la protección de las Fuerzas superiores, que sostendrán al hombre y le abrirán una "salida" en las situaciones que parezcan sin salida.

Veremos a continuación que esta victoria en la prueba de la decisión definitiva corresponde al nacimiento del iniciado. Cuando la dirección tomada es firme, la victoria final siempre pertenece al hombre interior, iniciado, en su lucha con el ser exterior y perecedero. No penséis que establecemos una coincidencia de la Vía iniciática con la vida monástica. Es cierto que en Oriente los iniciados se unen a veces en una especie de comunidades religiosas creando un centro o una especie de convento. Pero en realidad siempre quedan aislados como eremitas, a veces con alumnos poco numerosos. El papel de los monasterios, en Oriente, en las Indias o en el Tíbet, es sobre todo un papel de ayuda mutua, para ayudar a las necesidades de la vida material de esos buscadores, por mínimas que sean dichas necesidades.

En general, en los países orientales, la idea de la renuncia a la vida profana es muy fuerte. Recordemos al gran escritor ruso León Tolstoï que, en su sed de vida espiritual, dejó su familia a la edad de 80 años y enfermo, para ir con los starets. Los starets[17] no son monjes, pero viven como tales buscando la vida en Dios. Estos vagabundos de Dios u "hombres de Dios" consideraban al mundo bien como malvado, bien como una ilusión contraria a la libertad del

[16] Mat. 19:16-22.
[17] Eremitas muy extendidos antiguamente en Rusia, vivían generalmente aislados, a veces momentáneamente en un convento.

espíritu, rechazándolo por su renunciamiento.

En Occidente los iniciados ven siempre, ante todo, fines constructivos: mejorar el mundo y sobre todo participar en su evolución hacia la reintegración final. Si los Templarios eran célibes en una Orden semi-monástica, si los Rosa-Cruz quedaban completamente libres, prefiriendo a menudo estar solos con el mínimo posible de lazos familiares u otros, impuestos por diversas agrupaciones profanas, era para salvaguardar la libertad de su espíritu, pero sin perder jamás de vista sus fines constructivos.

Se puede decir que los Iniciados de Oriente ponen siempre en un primer plano los objetivos contemplativos, mientras que los iniciados occidentales ponen el acento sobre los objetivos constructivos. Ninguna diferencia de idea entre estos dos modos de aplicar la Iniciación, los matices se explican por la diferencia de razas, de medios y de atavismo.

En la aplicación y realización de las ideas iniciáticas no existen estándares impuestos por las instituciones dogmáticas. Son los elementos individuales con sus cualidades, sus capacidades, sus tendencias, quienes juegan un papel muy importante para determinar la manera de vivir la Iniciación.

Es exacto decir, como los místicos orientales: "el mundo está hundido en el mal". Y sabemos que la resistencia es fuerte del lado del plano astral -centro de antagonismos-, plano donde la resistencia a todo lo que es espiritual e iniciático tiene su base -"*hostes occulti*" dice el arcano 18. Así, es mucho más difícil obrar en el mundo profano, permeable a todas las corrientes astrales opuestas.

Si el plano astral guarda en él el cliché muy poderoso de la Caída y de la decadencia primordiales, el plano físico, aunque neutro al principio en la tragedia de la Caída, por su inercia, por la presión de las circunstancias materiales, representa así mismo una barrera a superar para entrar en la Vía iniciática.

El gran valor de la Iniciación cristiana es precisamente participar en la obra de nuestro Salvador, que es: purificar y mejorar estos dos planos. Y esto, tanto más cuando el Reino de Dios, al final de los tiempos y según el principio de la evolución universal, debe absorber el reino de este mundo purificado. "***INRI - Igne Natura Renovatur Integra***" permanece siempre una ley - arquetipo definitivo de la evolución universal acabada.

Los esfuerzos realizadores de la Iniciación, no solamente sobre el plano individual, sino también sobre el plano de las masas, en la Vida, representan el sentido de la llamada del Cristo, y exigen numerosos sacrificios. Es por lo que en la mentalidad de un iniciado cristiano, occidental u oriental, el Sacrificio se compone de una serie de barreras que debe de superar. Este Sacrificio destruye lo ficticio, restableciendo lo verdadero e imperecedero. Se convierte en el motivo esencial de la Vía iniciática. A fin de no descorazonar al neófito con todas esas dificultades podemos decirle que nada se pierde en el dominio iniciático y que todo esfuerzo, todo sacrificio, proporciona un aporte en la vida del buscador sincero y de buena voluntad.

En el curso de sus meditaciones, el neófito se volverá capaz de asimilar las ideas y los símbolos iniciáticos. Los arcanos, que parecen tan alejados al profano, se le volverán tan familiares que elaborará su sistema personal de los arcanos con sus propias explicaciones, más en afinidad con su pensamiento y su corazón.

Su horizonte psíquico se extenderá necesariamente, sus juicios, sus concepciones, no contaminadas por el fanatismo de los prejuicios, se volverán mucho más objetivas.

La aplicación de algunos métodos muy simples de trabajo, sin desfallecer, le proporcionará con el tiempo mucho más equilibrio, y sobre todo le proveerá de confianza en sí mismo.

Repetimos que en un libro no se puede esbozar más que el principio o las grandes líneas de un método de entrenamiento. Pero en el curso de estas páginas los planteamientos de la Vía iniciática revelarán nuevas posibilidades de progresión.

Y volviéndose adepto de las grandes ideas constructivas y generosas de la evolución de la humanidad, el Buscador de la Verdad se transforma naturalmente y a menudo imperceptiblemente en un hombre nuevo, más elevado, más digno del Reino espiritual del Gran Porvenir.

III. PUNTO DE APOYO Y PUNTO DE UNION

Acabamos de hablar de la resistencia que un neófito encuentra en el plano astral, plano de energía cósmica, y sobre el plano físico siempre dominado por la inercia para con toda evolución, inercia surgida de la caída inicial. ¡Por desgracia! este neófito reencontrará también en él mismo la inercia antagónica de estos planos.

El plano físico, material, de cada hombre, con el conjunto de circunstancias y de atavismos, es aquél que representa al hombre exterior, el ser perecedero oponiéndose automáticamente a la evolución espiritual. Esta oposición sigue al hombre en todas las fases de la evolución de su ser interior.

Lo que denominamos el mundo condicional, el mundo relativo, se encuentra condicionado por las circunstancias de todo tipo que rodean al hombre -familia, país, época- y que le han sido impuestas desde su nacimiento. Todo este conjunto forma como un velo que cubre el verdadero objetivo de la vida: evolución, vida según el espíritu. El hombre reemplaza este fin por intereses puramente momentáneos, por ilusiones durables, consideradas como intangibles y que se desvanecen al primer choque con los grandes acontecimientos cósmicos ante las verdaderas leyes directrices de la historia de la evolución del mundo.

Este conjunto hipnotiza al hombre profano hasta tal grado que sólo ve este mundo, basando sus juicios sólo sobre "leyes" de este mundo. La ilusión que le rodea le penetra por entero y la vida ficticia toma en él el lugar de la realidad. El mundo substituido representa un peso sobre el psiquismo del hombre del que debe liberarse. El poder de esta substitución toma a menudo grandes proporciones; la hipnosis de estas ilusiones es tan fuerte que contamina incluso a sus creadores. Ella no solamente vela el mundo espiritual, sino también el proceso material del plano físico. El ejemplo de los dictadores, Napoleón, Hitler y otros, demuestra hasta dónde conduce la elaboración de las ilusiones donde se vive, durante un tiempo bastante corto, de una vida artificial, desmesurada, conduciendo a catástrofes inevitables.

Estas dificultades son graves, pero nunca decisivas. El Iniciado sabe encontrar una línea de conducta estable que le protege contra las circunstancias contrarias y los desfallecimientos interiores. De ahí las prácticas: concentración, meditación, le aseguran una base intelectual, moral y física y un conjunto sistemático de ideas esotéricas. Su decisión, su elección, representan la "primera piedra de su punto de apoyo".

En la imagen del primer arcano se representa al iniciado señalando con una mano "lo Alto" (punto de unión con los planos superiores) y con la otra "lo Bajo". Evoca así una ley: que en adelante debe siempre apoyarse sobre la sólida base de su entrenamiento. La imagen que el iniciado tiene en un círculo demuestra que el punto de apoyo en este mundo consiste en la educación de su pensamiento (síntesis de las ideas esotéricas), y de sus fuerzas astrales. Y también en el equilibrio moral doble de buen sentido.

Para cultivar este punto de apoyo es necesario entrenarse siempre en el arte de pulir su piedra, pues se representa a menudo al alma humana por el símbolo de la piedra bruta, salvaje, a la que debe cambiar en piedra cúbica, pulida, dispuesta para la construcción. Símbolo del alma humana, esta piedra, incluso bien pulida, tiene la particularidad de volver a ser bruta y salvaje si no es conservada. Así el entrenamiento debe ser constantemente mantenido para salvaguardar la solidez de las bases de la vida iniciática.

Si criticamos tanto el mundo condicional y la substitución de una hipnosis de ideal efímero por la realidad, es porque queremos guardar al espíritu libre de toda ilusión. Porque un iniciado puede y debe juzgar sin prejuicios, sin ser esclavo de ideas falsas y de pasiones erróneas. Si se nos dice que la fe sostiene al buscador de la vida espiritual, respondemos que exigimos más que fe: ésta puede desviarse y el Mal sustituir los objetos de fe con un arte verdaderamente prodigioso.

Hace falta más que fe. El sentido de la certeza es necesario y en este objetivo el iniciado apoyado sobre la cruz de su psiquismo y de su voluntad bien entrenada debe de tener, como en nuestra imagen, el derecho a dominar lo que es la tierra. En este caso, en efecto, su conocimiento, su dominio de los procesos del plano físico, protegidos contra el malvado astral, le ayudarán en su escalada. El mismo plano astral, ese océano de energía, con sus sombras, sus formas perpetuamente cambiantes, le llevará hacia su gran objetivo: la Vía iniciática.

Hemos indicado más de una vez en nuestra primera obra que la fuerza cósmica y la fuerza de las pasiones -Baphomet- dominadas, se convierten en instrumentos dinámicos para las relaciones espirituales. Ahora bien, el iniciado, en nuestra imagen, designa con insistencia lo Alto, el Cielo, el punto de unión con las Fuerzas superiores, con Dios. Podemos decir con Dios, porque en la conclusión de los Arcanos, el que conoce y realiza el arcano 22 llega a la sensación viva de la Presencia divina - como declara la Cábala: *Él habla con Dios*.

Así, nuestro iniciado enseña que la Vía no es perfecta ni realizable sin punto de unión. Se puede poseer el conocimiento entero de las ideas esotéricas, se puede incluso pertenecer a un medio muy elevado en este conocimiento, pero si el punto de unión, es decir, el vínculo con el Espíritu, no está establecido de una manera definitiva, real, no hay Iniciación.

En los libros de la Edad Media se habla a veces de pactos con el diablo, con el Mal. La iniciación afirma justamente la necesidad de un pacto, pero con Dios. El Génesis comienza su epopeya en relación a la creación de este vínculo entre Dios y los patriarcas Abraham y Jacob.

La Vía iniciática exige un acto místico ligando al iniciado con Dios, sea por la comunión (liturgia cristiana), sea, en las horas culminantes del acto de Iniciación, por un contacto activo dado y establecido con fuerza. Este acto permanece siempre con aquél que lo ha recibido, incluso si, por la presión de las circunstancias, se aleja de la Vía. En este caso el poder del acto de Iniciación queda suspendido por encima de él, tal como una salida siempre abierta para su retorno, una posibilidad permanente de perdón si, evidentemente, ese retorno resulta sincero, expiativo.

Ciertamente también a condición de que el pecado contra el Espíritu Santo no haya sido cometido - como los hechos graves que, al servicio de la negación de todo lo que es Bueno y Divino, contaminan a "estos pequeños"[18]. Sabemos, en efecto, incluso en este último caso, por el Sacrificio de nuestro Salvador, y porque la reintegración definitiva debe ser universal, general, que la posibilidad de borrar su crimen permanece. Las Fuerzas del Mal mismas serán purificadas, transmutadas en la eternidad.

Es precisamente el punto de unión el que da a la Iniciación su carácter místico. El punto de apoyo, lo sabemos, reside en la medida, la proporción, el buen sentido, el equilibrio del espíritu. Hay que juzgar cada plano siguiendo sus leyes: leyes positivas para el plano físico, leyes morales para el plano astral, lógicas para el plano mental o filosófico.
El punto de apoyo sirve para colocar con certeza y precisión el alma iluminada sobre los raíles de los fines espirituales, de la realización de la Vía iniciática, de la vida mística.

Pero nunca se debe comenzar por la vida mística. Durante largos años primero hay que evitarlo, por temor de una substitución fácil por las Fuerzas del Mal que actúan para extraviar

[18] Mat. 19:13. Marc. 9:36.

al alma humana.

Solamente cuando el alma se encuentra purificada por el acto iniciático, por la comunión con Dios plenamente comprendida, es cuando actuará la poderosa protección radiante del punto de unión del Iniciado. Le revelará los horizontes místicos, siempre reales en la eternidad. Porque el último punto del enigma de nuestro mundo es ***INRI*** -"*In nobis regnat Iesus*"-, transmutación del mundo interior y exterior por el fuego del alma, el dinamismo del Hombre - Adam Kadmon.

Prácticamente lo vemos, hay que seguir las indicaciones de la imagen del primer arcano: siempre mantenerse, ser estable en el plano de su obra y, simultáneamente, salvaguardando su impulso hacia lo Más Alto.

Este símbolo nos dice también que "Todo lo que está en lo Alto es como lo que está en lo Bajo para realizar el milagro de la Unidad", según Hermes Trimegistro. Y también que la ley de composición del átomo es idéntica a la de composición del Universo. Nosotros añadimos: la misma que la de los planos más elevados.

Es decir, que esta analogía proporciona el instrumento que permite al espíritu elevado enriquecer su experiencia interior por el estereotipo más exacto posible de todo lo que se encuentra en lo Alto.

Existe, en efecto, una especie de lenguaje común, de posibilidades de comprensión entre los animales y el hombre, entre el hombre y las gradaciones de seres superiores llamadas Genios, Ángeles, y por último entre el Iniciado y los que habitan en el plano cósmico director, cada vez más cerca de la Divinidad.

El conocimiento del punto de unión exige siempre un contacto más estrecho con el plano divino, y existe toda una serie de prácticas y de entrenamientos para que esta apertura no sea cortada. Y si, como hemos visto, la educación para defender su punto de apoyo concierne los tres planos del hombre, el punto de unión tiene relación con la profundidad de nuestro subconsciente y toca directamente el dominio de la moral.

El impulso y la radiación de la mónada engendran el resplandor análogo de sus protectores entre los seres de los planos más elevados. Evocan la presencia viva y vivificante de la Divinidad.

Hemos dicho precedentemente que, en su esfuerzo hacia la Vía iniciática, el hombre es protegido. La mónada humana, en efecto, ha guardado numerosos vínculos, contraídos en sus migraciones anteriores, con seres y fuerzas ya evolucionadas que buscan protegerla eficazmente.

En una encarnación dada, el hombre que sigue la Vía restablece sus vínculos con sus antiguas existencias. Se le reconoce entre los suyos pues, siempre hacia adelante, progresando sobre la Vía, él recuerda en la atmósfera de las ideas y del lenguaje de antaño que retoma a comprender.

El alma, eliminando las ilusiones pesadas, se vuelve muy lúcida para la reminiscencia. Esta poderosa ayuda por el subconsciente vuelve a poner al hombre en posesión de la experiencia de todas sus encarnaciones sucesivas. La fuerza de la reminiscencia preside la transformación del Iniciado y de su migración presente. Le permite reconocer a los amigos que velan por él y le protegen.

El Iniciado se parece a un viajero que escala una alta montaña y ve, en un cambio de sendero, la ruta completa que ha recorrido, así como el objetivo final. Ese objetivo se vuelve a cada paso una mayor certeza.

Es muy difícil indicar la manera práctica de entrenarse para hacer más fácil este estadio de la Vía. Podemos decir que depende de la experiencia profundamente íntima del alma. Es el secreto que el alma hace encontrar y realizar.

Entre los Antiguos este entrenamiento se llamaba teúrgia o magia divina. Los eremitas, en su existencia contemplativa, veían allí una indicación para vivir en oración - éstas se convertirán casi en permanentes. En efecto, se trata de un proceso de plegarias - llamado poder del alma con todo su dinamismo. El hombre se vuelve entonces como una flecha orientada hacia lo divino.

En el estado de formación de un punto de unión sólido, el Iniciado entra en lo que se llama la vía mística. En esta vía el alma vibra más y más en armonía con el plano divino, vive en Dios, se puede decir. Aumentando la intensidad de las vibraciones, se acerca a Él. Paralelamente las vibraciones humanas comienzan a coincidir con las de Dios. La fusión en Dios es el objetivo de todas las iniciaciones, de todas las grandes religiones - verdadero objetivo de la Vía iniciática.

En la imagen del noveno arcano vemos al Iniciado cubierto con el manto que es el símbolo de la protección permanente de los amigos del plano de potencia y de creación contra todas las contingencias y peligros de este mundo, protección obtenida por la realización del punto de unión.

El estudio iniciático, se percibe claramente, es una serie de realizaciones y transformaciones en la vida individual - no una filosofía o una ciencia. Realizando poco a poco en su vida las ideas, los hábitos, las realidades muy superiores en la vida ordinaria, se alcanza una superrealidad cósmica que ordena, recrea, evoluciona todo el Universo. En lugar de la aritmética banal de los intereses cotidianos se llega a la alta matemática, a la astronomía de la vida mística.

En la vida profana vivimos entre concepciones simplistas que nos parecen estables momentáneamente. Y esto hasta la primera erupción en que todo cambia ante el hombre aterrorizado. Él llama catástrofe a lo que sólo es desintegración y reintegración de las fuerzas ocultas en cada átomo - tratándose de átomos en el plano físico u otras unidades en otros planos.

Se nos pondrá sin duda una cuestión muy importante: ¿la participación en esta Vía mística es constructiva, puede mejorar nuestra existencia social, moral, internacional? Respondemos afirmativamente de forma categórica. Aquéllos que siguen la Vía saben que no hay sólo una evolución individual, sino evolución del conjunto de los seres. Saben que la humanidad entera, Adam-Kadmon, debe transformarse. La evolución individual sirve de punto de apoyo, en el marco de la humanidad, para su desarrollo.

Perdiendo de vista esta lucha se comete el pecado mortal del luciferismo, el de ese brahmán orgulloso que debe escalar de nuevo toda la escala de sus encarnaciones.

Si Dios, mediante la plegaria de Abraham, consiente perdonar la vida a Sodoma y Gomorra si se encuentran allí los Justos, es porque el punto de unión en una comunidad humana es indestructible. Aunque esa comunidad sufra las peores catástrofes, ella "renacerá" y sus ideas evolutivas sobrevivirán. Ahí reside el verdadero sentido de la promesa del Cristo: las vías del Infierno no prevalecerán contra esta Iglesia - del Espíritu Santo[19].

IV. CAMBIO DE PLANO DE LA ACCIÓN Y LA VOLUNTAD

Los esfuerzos del hombre que entra en la Vía le proporcionan la posibilidad de liberar sus movimientos, de modificar la tonalidad de su ser en un sentido superior. Lo cual supone un nuevo problema práctico: saber cambiar el plano de su trabajo, de su psiquismo, de su voluntad.

[19] Mat. 16:18.

Con el fin de comprender este problema se puede ilustrar por una imagen muy simple. Representad un largo recipiente donde flotan diferentes cuerpos. Según su peso específico alcanzan diferentes niveles. En lo alto del recipiente el líquido es puro, más ligero. Hacia abajo aparecen otros más pesados, y el fondo se encuentra repleto de elementos petrificados. Tal es la imagen del mundo en la concepción esotérica en relación al ser humano - con la particularidad de que el peso específico de los cuerpos cambia perpetuamente llevándoles hacia lo alto o el bajo fondo del recipiente.

Así, el ser humano y su alma, en la concepción esotérica, se encuentran representados no como elementos definitivos y estáticos, sino cambiando eternamente bajo todos los puntos de vista. Estos cambios pueden llevarle muy lejos, bien sea para convertirse en un ser pesado, tendente hacia el Mal, o para transformarle en un ser espiritual, orientado hacia la vida superior.

Otra figura completa esta concepción. La hemos presentado en "*La Ciencia secreta de los Iniciados*". Es la transparencia de cada cuerpo en relación al sol, con su cono de sombra impenetrable a la luz. Ese cono de sombra se encuentra en transformación constante: se agranda o decrece según las diferentes evoluciones de los cuerpos. Y hemos señalado como posible que cada cuerpo, en nuestro esquema, cada ser humano, puede volverse totalmente transparente a la luz espiritual - dicho de otra forma, completamente espiritualizado, en un estado perfecto, objetivo final de la evolución de cada hombre.

Estas dos imágenes permiten comprender el mecanismo de la práctica iniciática. Más el liquido es pesado, más las circunstancias y los hábitos pesan, más el hombre pierde la libertad de sus movimientos interiores, físicos, morales y otros. Y más se convierte en un autómata, ligado a un conjunto de cuerpos pesados, convirtiéndose en una piedra de bajos-fondos. Sus cualidades de transparencia, de receptividad a las influencias superiores, se pierden, y acaba por estar completamente sumergido en su cono de sombra.

Los diferentes entrenamientos en cuestión también sirven como ejercicios preparatorios de la receptividad humana, creando para el hombre un ambiente más favorable, menos expuesto a las corrientes laterales desordenadas del plano astral que pudieran falsear esta receptividad.

Cosa muy importante, pues es por la vía de la receptividad que abrimos la puerta a la manifestación más viva de nuestro subconsciente, a las reminiscencias, sobre todo a la sugestión directa y a los contactos con nuestros protectores superiores, hasta la receptividad de las fuerzas divinas.

Más el hombre disminuye su peso específico, se purifica, se transmuta, y más su psiquismo en general se vuelve independiente, abrirá a sus juicios perspectivas imposibles en el estado puramente profano.

Hemos hablado en otro sitio de la acción de las fuerzas protectoras. En este momento comienza, de una manera real y palpable, la colaboración directa del hombre con los seres superiores en la Vía iniciática.

La ciencia revelada nace con esta colaboración. Históricamente vemos que, en efecto, entre los pueblos de una gran civilización, queda siempre el recuerdo de haber recibido, al comienzo de su era, una serie de comunicaciones sagradas concernientes a su vida, su Dios, sus leyes morales y la masa de sus instituciones sociales. Siempre aparece la imagen de un profeta y legislador enviado por Dios y tradiciones orales o escritas consideradas como sagradas.

La iniciación también posee su vasta Tradición, sus símbolos, su síntesis, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Esta Tradición, que fue el objeto de nuestra primera obra, constituye justamente el resultado de lazos estrechos establecidos con las fuerzas espirituales y divinas, y forjados por vía de la receptividad por hombres purificados y transparentes.

Todas las leyes de los Números (22 arcanos), todas las revelaciones sobre los orígenes y el objetivo final del Adam-Kadmon (humanidad en su conjunto), toda la suma de indicaciones prácticas -jalones sobre la Vía iniciática-, todas estas cosas son consideradas por los iniciados como reveladas. Pues no son el resultado de especulaciones metafísicas o filosóficas unilaterales del hombre, sino resultante de la obra concerniente al ser humano que sigue la Vía y de los grandes espíritus del plano astral e incluso de los planos físico y divino.

La diferencia entre la tradición de los diferentes pueblos y la sabiduría revelada de la Tradición iniciática consiste en el hecho de que la primera, una vez recibida, evoluciona hacia dogmas estáticos, mientras que la Tradición iniciática está en permanente movimiento, dinámica, pues es una cooperación sobre una vía determinada. Es un Virgilio con Dante, un amigo de otro mundo que nos conduce con firmeza hacia nuevos horizontes.

Armados con esa Tradición revelada podemos con mayor comodidad efectuar el entrenamiento de nuestro ser para transmitir nuestro peso específico, según nuestra imagen al comienzo de este capítulo.

Esta educación nos proporciona todas las posibilidades, incluso cuando somos perjudicados por las circunstancias contrarias de la vida, cuando nuestra moral comienza a debilitarse, cuando no estamos ni en forma ni inspirados para hacer abstracción de todo lo que nos rodea y entorpece. Entonces podemos concentrarnos sobre los arquetipos superiores para cambiar el plano de nuestro equilibrio, del estado de cosas en que nos encontramos atascados.

La posibilidad de poder liberar sobre el terreno su psiquismo y sus movimientos astrales del estado de su entorno, representa el instrumento de trabajo esencial del iniciado. Aquél que sabe cambiar de plano a voluntad se libera de todos los planos que le traspasan pudiendo evocarlos a su agrado, con más facilidad aún que en su conjunto; salvo el plano divino[20], son ilusorios y flotantes.

Si el Iniciado puede maestrizar esos planos en él mismo, cambiarlos a voluntad, hará de estos cambios escalones que le conducirán a uniones sólidas en el plano divino. Así, el punto de unión del que hemos hablado en el capítulo precedente se hace cada vez más real en la vida del Iniciado.

Cuando se habla en ciertas cofradías simbolistas de la Palabra Perdida, se trata precisamente de la parte de este arte de gobernar diversos planos, de evocarlos, de cambiarlos, y de permanecer siempre libre e impasible con el fin de no caer bajo el poder de las ilusiones.

La Palabra está perdida únicamente para quienes no han vivido en la práctica esta experiencia de cambio de plano a voluntad. Por el contrario, cada Iniciado que sigue la Vía encuentra en ella esta Palabra. De todas maneras, la Palabra Perdida permanece como la clave de todos los planos.

Es por ello que las cofradías simbólicas poseen un Libro de las Santas Escrituras durante sus reuniones. Es un testimonio de respeto, el reconocimiento de la existencia de la ciencia revelada, pues si no se reconoce la Revelación, los símbolos iniciáticos pierden toda base e incluso toda posibilidad de síntesis[21].

La Revelación y la práctica del cambio de plano proporcionan al mismo tiempo al Iniciado la posibilidad de profundizar su comprensión, su experiencia interior. No hay inspiraciones vagas, nebulosas, que desemboquen en clichés sin continuidad. El Iniciado

[20] Empleamos voluntariamente la expresión Plano Divino y Fuerza Divina para nombrar lo que sobrepasa la división clásica de los tres planos: físico, astral, mental o psíquico.

[21] En ciertas cofradías simbólicas, durante estas últimas decenas de años, hay una tendencia a retirar las Santas Escrituras bajo el pretexto de que son dogmáticas y muy religiosas. Es un grave malentendido, que ciertamente será disipado, y que además provoca un descenso sensible de estos medios disidentes desde el punto de vista del conocimiento de sus propios símbolos y, en general, de su nivel espiritual.

adquiere los medios de analizar diferentes estados, diferentes movimientos de su experiencia interior, y de aproximarse a su ser interno, el ser que porta la Luz del Eterno.

Reemplazará el dualismo, a veces hostil, de las dos caras del Jano humano: hombre perecedero - hombre interior, por un paralelismo armonioso, y alcanzará el instante donde el hombre interno dominará su vida. Entonces el Iniciado podrá encontrarse él mismo en tanto que Hombre de Deseo. Este es el Hombre de Deseo, transmutado por las prácticas iniciáticas que le convertirán en un constructor activo, pilar del Gran Templo de la Evolución humana.

V. UN DESCONOCIDO

Hemos indicado el lugar concerniente a la receptividad en la educación iniciática. Esta receptividad se convierte en el canal de todos los contactos del iniciado con su punto de unión. La virtud receptiva desarrollada crea al hombre esclarecido – "iluminado", decían los Antiguos. Y este hombre tiene una posibilidad de comunicación cierta con las Fuerzas superiores.

Es gracias a la receptividad que el hombre llega a conocerse plenamente, encuentra y fija la imagen presente de su subconsciente. Nosotros denominamos a este subconsciente el hombre interior o, en un término mucho más profundo y ritual, el desconocido.

Desde que se interesa en estos problemas, la presciencia engendra en el hombre, de uno a otro ser, sentimientos paralelos a los suyos, y a veces se encuentra así frente a impulsos que no sospechaba en él mismo. Conforme la niebla de su alma se hace transparente este "hombre interior" se vuelve nítido, estableciendo más contacto con su propia mónada, las reminiscencias poderosas que le proporcionan más conocimiento de su pasado y de las vías de su destino.

Racionalistas y cartesianos perciben el límite de sus especulaciones mentales en la razón. Es muy justo, pero para salvaguardar su punto de vista deberían tomar la razón como punto de partida y permanecer en el buen sentido. Entonces surge una cuestión espinosa: ¿qué es exactamente la razón?, ¿dónde están sus límites? Aquí, el racionalista puro se pierde inmediatamente, pues hay varias lógicas según las razas y las civilizaciones. Cuando se miden las concepciones filosóficas según el baremo de la razón, se retorna a una metafísica pura, o al juego de los pensamientos humanos, donde el vínculo con la realidad existente desaparece cada vez más.

La Iniciación esotérica sitúa la cuestión de otro modo. Lo esencial reside en los instrumentos y las capacidades con las que especulamos en el pensamiento. Inmediatamente constatamos que la vida interior del hombre y su pensamiento están dirigidos por las diferentes etapas del interior, por los diversos planos donde se encuentra el hombre cuando medita

Estudiando el alma humana, la práctica esotérica milenaria ha descubierto varios estados del alma: astral, psíquico y estados superiores. Al principio falta por aprender a discernir el plano en que vivimos, después, si queremos fijar nuestro razonamiento sobre los grandes problemas cósmicos, universales y otros, estudiar los estados superiores del alma. Cuanto más accesible nos lleguen estos últimos, mejor podremos discernir nuestras conclusiones a su luz y más nos enriqueceremos en nuestra experiencia interior. En efecto, tendremos entonces un instrumento bien afilado y capaz de elevarse hacia concepciones más generales y abstractas de nuestro razonamiento - éste teniendo siempre tendencia a ser personal y limitado por nuestro entorno.

Insistimos: en la Iniciación siempre hay que comenzar por lo racional, pero en el curso del entrenamiento, mientras se afina, se iluminan los estados del alma, afinándose simultáneamente lo racional. Y de una forma natural se llega a los estados llamados irracionales que gobiernan nuestra vida psíquica, lo mismo que lo Irracional dirige el Universo.

La ciencia nos prueba que no es la aritmética la que gobierna nuestra vida, sino la ley de los grandes números, la ley astronómica, la ley de lo infinito - leyes inaccesibles e incomprensibles a la luz de la sola razón.

Así, en el curso de la Vía iniciática, se eleva lo racional transmutándose en irracional, es decir, poniéndolo en contacto directo y en co-vibración con las leyes cósmicas y divinas.

Si el control del entrenamiento del Iniciado debe de ser severo y su avance muy prudente, es precisamente para evitar el deslizamiento de su razón en las corrientes astrales de la imaginación fantasiosa.

La lógica iniciática es, puede decirse, positiva, pues se basa en las posibilidades que posee el hombre de desarrollarse en el curso de estas prácticas educativas. Si un acróbata bien entrenado nos enseña los milagros que puede realizar con su cuerpo físico, un iniciado que entrena bien su cuerpo psíquico descubre un mundo de capacidades insospechadas en la existencia profana. Estas capacidades le permiten dar un carácter de certeza a las conclusiones de sus meditaciones más audaces.

Es en esta obra de transmutación de su racional en un luminoso irracional que el hombre llega al conocimiento del contenido de su subconsciente. Entonces puede decirse que el consciente y el subconsciente actúan conjuntamente y en plena armonía.

Este irracional es el clima verdadero del gran desconocido en nosotros, desconocido por el que a menudo se pregunta en la Iniciación.

Se nos presenta una pregunta: ¿de dónde viene vuestra certeza del valor transcendental del hombre desconocido?

Respondemos: El valor del hombre desconocido se impone por sí mismo en todos los movimientos de nuestra vida interior, que están centralizados, y que sentimos como un conjunto vivo.

El desconocido es el eje que centraliza todos los movimientos de la vida interior a su alrededor.

Se nos objetará: ¿Y si se trata de un monstruo resultante de atavismos barrocos, de represiones astrales, como asegura el freudismo? ¿Y el problema del Dr. Jekyll y Mr Hyde? Pero esto es un caso clásico de posesión y, además, parcial, puesto que aún se constata una cierta resistencia. Posesión cuando el ser vampírico, demoniaco, se esfuerza en penetrar en el subconsciente, adueñándose y ocupando el lugar del desconocido. En los momentos, muy raros por otra parte, en que esta posesión se muestra aguda, dominante y total, el intruso reemplaza a nuestro desconocido arrojando al ser interior verdadero, con la mónada y su punto de unión, muy lejos en el astral superior.

De esta forma este intruso vampírico tapa el canal de gracia con el que el hombre interior puede actuar sobre la consciencia de nuestra encarnación. Es aquí que la Misericordia Divina - Cristo, Alma del Mesías de la Cábala- y la protección de la Cadena iniciática pueden salvar únicamente al hombre.

Sin embargo, incluso en este último caso, el desconocido, el subconsciente de varias encarnaciones de la mónada, situado sobre su punto de unión, guarda siempre su valor espiritual y mantiene la puerta abierta para la evolución. El subconsciente está solamente obscurecido en caso de posesión parcial o completa. Es justamente esta posesión lo que constituye la base de las enfermedades astrales engendrando la locura y los nerviosismos. La posesión en sí misma es uno de los casos más graves de enfermedad astral.

El hombre exterior, penetrado por la luz y el conocimiento de esta luz, llega a comprender de una manera absoluta, palpable, que los objetivos formulados por la Iniciación son los únicos fines verdaderos de la vida, la única realización de nuestra evolución humana.

Gracias a su intimidad con el desconocido, el hombre aprende las más grandes verdades finales sobre la vida. Parece tocarlas. A esta realización se llama el "segundo nacimiento", el que hace obtener los contactos más próximos con su desconocido, que en adelante dirige su vida. El hombre exterior, mano a mano con el ser interior -el desconocido- se vuelve entonces un instrumento consciente, instruido en las verdaderas vías y destinos del hombre.

Igualmente, a través de su desconocido, el hombre realiza su aproximación y su intimidad con el plano divino.

Es curioso estudiar los diversos entrenamientos de los iniciados hindúes y de los eremitas orientales cristianos. En sus prácticas, que exigen años de perseverancia, por la vía contemplativa, consiguen alcanzar los estados más elevados de su alma. De donde, rápidamente, la posibilidad y sensación real de contacto con lo divino.

También hemos hablado del cambio del peso específico de un cuerpo flotando en diferentes líquidos. Podemos igualmente recordar los diversos tipos de pentagramas que hemos estudiado en "*La Ciencia secreta de los Iniciados*". Cambiando de peso específico, el cuerpo aligerado remonta hacia un dominio más afinado. Recuperando nuestro pentagrama, entrenándole, alcanzaremos el pentagrama estable, iluminado, del hombre que refleja al Adam-Kadmon y que se vuelve digno.

Si, como dice la ciencia actual, se pueden transmutar en el plano físico los cuerpos en otros cuerpos por la vía de la desintegración del átomo, se puede asimismo transmutar los diferentes estados del hombre hasta un estado superior. Se disgrega en él todo el peso, todo el conjunto de errores, de faltas, de pecados reunidos durante las encarnaciones de su mónada.

Sabemos también que el pentagrama iluminado recibe la Luz directa del plano divino y se vuelve a veces radiante, casi físicamente, como radiaban los profetas y los grandes santos.

El pentagrama llameante actúa cuando toma y siembra la luz con el mismo desinterés de quien la ha transmitido. La misión de sembrar, de instruir, de indicar los verdaderos fines de la evolución, convierte la naturaleza misma de ese pentagrama llameante, de ese "Hombre de Deseo" del que hablaba Louis-Claude de Saint-Martin.

El Hombre de Deseo, las palabras lo dicen, es ante todo penetrado de dinamismo realizador para la evolución y para participar en la obra de la transmutación integral y universal de Nuestro Salvador. Ante todo es un instructor, un pescador de almas, o más bien un partero de almas: las saca del estado animal y dependiente y las conduce al estado consciente y libre.

Es en este Hombre de Deseo que nuestro desconocido se manifiesta en su plenitud, cuando el contacto íntimo y la armonía interior se establecen y el hombre pierde su dualismo, cuando el hombre desconocido y el hombre exterior son unidos.

Cuando el hombre desconocido, liberado de la gran obscuridad que le impone la vida profana recibe la Luz directa, *no reflejada e independiente del plano astral*, entonces este desconocido se vuelve dinámico, constructivo, Hombre de Deseo.

Ser un Hombre de Deseo, un instructor, ¡qué grave destino! Frente a él se levanta a continuación el muro de las resistencias astrales y de las contingencias exteriores.

La lucha interior, el dualismo del hombre, han encontrado su fin en la armonía y los esfuerzos constructivos: el plano astral, consciente e inconsciente, no tiene ninguna prisa. Todos los egrégores[22] negativos tratan de romper esta armonía, este impulso, de restablecer el dualismo para conservar su punto de apoyo en el hombre, y así debilitarle. Nada provoca tan violentamente el empuje, la presión de las fuerzas astrales, como la liberación del hombre.

[22] Ver "La Ciencia secreta de los Iniciados", Libro II, cap. 7.

El plano físico, en sus incontables manifestaciones: sociedad, estado, raza, costumbres, mantiene una animosidad sorda, a menudo incomprensible para los que la sufren, contra el iniciado. En el curso de toda la historia humana, el instructor es perseguido, calumniado: se hace el vacío a su alrededor, se desacreditan sus esfuerzos y, de repente, ve con tristeza infinita subir sobre él la cruz del Gólgota. Ve el asesinato del Maestro Hiram por sus colaboradores más próximos, así como el Cristo fue traicionado por un discípulo del círculo íntimo de los Apóstoles.

La leyenda de Hiram es muy instructiva tanto en su imagen como en su afirmación: el Maestro siempre resulta muerto por su discípulo, que sospecha un poder, un tesoro oculto, y pretende apoderarse del mismo, no siendo apto para seguir las ideas generosas de la Vía del Maestro. En realidad, este discípulo es simplemente arrastrado por la resistencia de los egrégores astrales y los enemigos terrestres envidiosos.

El Iniciado conoce la ineluctabilidad de estos incidentes, porque cuanto más se eleva, más se ilumina, y más sacrificio aparece en su destino, cimentando y dando su importancia a sus realizaciones.

En la Vía, el Iniciado debe ser protegido por las Fuerzas superiores contra el desencadenamiento de poderosas ondas astrales y físicas pues, muy a menudo, en su entrenamiento, se debilita, pareciendo momentáneamente vulnerable. De ahí el símbolo de la capa protectora, siempre unida a aquél que sigue la Vía.

Louis-Claude de Saint-Martin, iniciado, escritor valioso, después de haber participado en las cofradías simbólicas, llamadas iniciáticas, y tras largas experiencias, comprendió que la verdadera base de la Iniciación es el contacto iniciático entre el iniciador y el iniciado.

Es exacto que todos los grupos o logias se crean alrededor de iniciados dotados con talento de animadores. Estos grupos siempre tienen tendencia a fijarse en base a la adoración de su Maestro y a formar una especie de pequeñas capillas, de pequeñas religiones, alrededor de él. Esta adoración, siempre artificial, provoca envidias y animosidades sórdidas. Así, estas organizaciones efímeras se convierten con rapidez en una traba, una prueba en la Vía, en lugar de servirla.

Es la vida individual del hombre en las profundidades de su experiencia interior lo que causa la Iniciación. El proselitismo no es compatible con la Vía iniciática. Se "pare" el alma cuando se insiste: se le da el pan espiritual cuando golpea y persevera. Porque no hay proselitismo, no hay, por así decir, concurrencia con ninguna iglesia. En efecto, la Iniciación no busca las masas y, por su carácter individual, no intenta ni organizarlas, ni crear códigos para dirigirlas: eso queda para el Estado o la Iglesia.

Hay que repetir que la Iniciación no puede constituir en ningún caso una organización de este mundo. Ella es la emanación del Egrégor de las Fuerzas Iniciáticas denominadas Cadena Oculta. Volveremos sobre ello extensamente. La Vía iniciática, bajo este punto de vista, representa una serie de escalones dirigidos a la fusión con este egrégor.

Existen también una serie de tópicos muy imaginativos, relacionados con La Logia Blanca, Agartha, la Ciudad Invisible. Todo esto simboliza el hecho de que el Centro iniciático se encuentra más allá de este mundo y que el espíritu del hombre que sigue la Vía es incompatible con una organización terrestre. Estas imágenes se vuelven, a veces, como antiguamente los "subterráneos de las Grandes Pirámides", objetivo de la credulidad de los ingenuos y un cómodo instrumento para los mistificadores que quieren explotarlas.

También se habla de la India misteriosa, expresión caduca, pues las Indias, China y los demás países asiáticos se encuentran en un proceso de grandes transformaciones sociales, políticas y otras. El centro de su gran religión, el Tíbet, ha sufrido de igual forma el asalto de fuerzas puramente materialistas.

Es, no obstante, muy curioso ver a pretendidos enviados de estos centros inexistentes vestidos con disfraces fantasiosos. Hoy en día se visten de yoguis, como en el siglo XVIIIº lo hacían de sacerdote egipcio.

Nos permitimos insistir sobre este tipo de hechos para señalar con claridad el límite entre el esoterismo iniciático, la idea constructiva y real de la evolución humana por la Vía iniciática, y el mundo de las ideas fantasiosas, barrocas, desequilibradas y pretenciosas que representa el ocultismo, así como las pequeñas capillas y las pequeñas religiones creadas alrededor de alguien.

Si antiguamente en Egipto se sufría mediante graves pruebas físicas, hoy en día se conocen las pruebas psíquicas y morales, no menos graves, para evitar las trampas ideológicas: falsas imágenes enviadas para desviarnos de la vía clara, la de la Luz.

Para concluir, diremos que la clave de la evolución del hombre, de sus posibilidades infinitas, se encuentra en él mismo. Cuando después de una serie de esfuerzos, de entrenamientos, de transmutaciones de su espíritu, se encuentre ante su ser desconocido, realizará la unidad de su propio yo interior. Siguiendo la expresión esotérica, debe encontrar el tercer término de su binario (dualismo del hombre exterior - hombre interior), redescubrir la Palabra perdida; entonces el símbolo de la acacia, de la evolución hacia la inmortalidad del alma, le será conocido.

Cualquiera que sea el carácter estrictamente íntimo e individual de forma estricta de la Vía iniciática, el iniciado que la sigue está siempre obligado a instruir, es decir, a proporcionar provecho a los demás de la luz que ha recibido. Esta misión está ligada a la progresión iniciática.

No habiendo organización en el sentido estricto del término, el iniciado trabaja bien en diferentes cofradías simbólicas, como lo hacían los Rosa-Cruz, bien en diferentes comunidades religiosas, sociales, científicas u otras, y su deber, sin hacer proselitismo en el sentido directo de la palabra, es espiritualizar el medio en que se encuentra, elevar su nivel cultural gracias a las ideas amplias y generosas, conclusiones de las concepciones del esoterismo iniciático.

Salvo algunos iniciados que han alcanzado los más altos estados contemplativos, los demás deben realizar siempre la parábola de los talentos, siempre elaborar para el progreso humano - tal es la misión social del iniciado. Es en este esfuerzo constante por sostener y purificar al hombre colectivo que se abren, para un iniciado, las posibilidades de participar realmente en la obra de Cristo: purificar al mundo de la Caída.

Cierto, en primer lugar se afirma a sí mismo, se convierte en su propio maestro, para retornar después al mundo profano e influenciarle hacia el Bien, sin ser aplastado por este mundo, por el Mal.

Es también uno de los aspectos que señalan el carácter real de la Iniciación y al mismo tiempo el gran problema del sacrificio, base de las condiciones del clima moral de la Vía iniciática. Aquí, el iniciado goza del Amor del que habla el Cristo, Amor que debe convertirse en universal, natural, en el Reino de Elías Artista, es decir, en el mundo futuro reintegrado.

COMENTARIOS A *"EL HOMBRE DE DESEO"* DE LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN

- I -

Sâr Amorifer

HACIA EL DESPERTAR ESPIRITUAL

"El hombre despreocupado y desatento atraviesa este mundo sin abrir los ojos de su espíritu" [H.D. 3][23].

Este *"hombre despreocupado y desatento"* que atraviesa este mundo ajeno a las verdades del espíritu, es conocido por nosotros como *"El Hombre del Torrente"*, *"… aquél que aún no despertó a la espiritualidad. Absolutamente separado de la Sabiduría Divina, no consigue encender la antorcha de Luz que le servirá de guía. Inmerso en las ilusiones de la materia, sufre y no percibe que es a consecuencia de su ignorancia que sus sueños se deshacen"*[24]. *"Las diferentes escenas de la naturaleza se suceden delante de él sin que su interés se despierte y su pensamiento se amplíe"*. [H.D. 3]

Ahora bien, ¿cuáles son los ojos del espíritu? En el Génesis 2:7, Moisés escribe: *"Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo"*. Partimos pues de una parte que corresponde al barro (continente), perteneciente a la naturaleza material, y otra que procede del aliento divino (contenido), que llamamos espíritu y es de naturaleza divina. Pero observemos que primero fue modelada la parte material, y sobre ella insuflada la parte espiritual. De este modo nos dice San Pablo: *"El primer hombre procede la tierra y es terreno, el segundo hombre procede del cielo"* [1ª Cor. 15:47]. Estas dos naturalezas, material y espiritual, quedan unidas por un intermediario llamado alma.

A consecuencia de su constitución, el hombre dispone, pues, de distintos órganos de percepción, unos corresponden a su naturaleza animal y otros a su naturaleza espiritual. Karl von Eckartshausen establece un órgano de percepción distinto para cada una de estas dos naturalezas que denomina *sensorium*. *"Así como el hombre tiene en su interior un órgano espiritual y un sensorium para recibir el principio real de la razón o sabiduría divina y el móvil real de la voluntad o amor divino, posee al exterior un sensorium físico y material para recibir la apariencia de la luz y de la verdad"*[25]. *"El sensorium externo del hombre está compuesto de una materia corruptible, mientras que el sensorium interior tiene por sustrato una sustancia incorruptible, trascendental y metafísica"*[26].

Para Valentín Weigel[27], podemos encontrar en el hombre un triple ojo: el inferior o de la carne, el intermedio o de la razón y el superior o del entendimiento. Existe, pues, una triple visión. *"La primera es el* ***oculus carni****, el ojo de la carne con el que se ve el mundo y todo lo relacionado con los alimentos. Otra es el* ***oculus rationis****, el ojo de la razón, con el que se ven, se alcanzan o se*

[23] "El Hombre de Deseo", de Louis-Claude de Saint-Martin, epígrafe 3. En adelante, las citas entre corchetes se refieren a la misma obra.
[24] Lecturas del Grado Asociado – OM&S. Principios básicos de la doctrina Martinista. Haniel S.I. Pág. 197.
[25] La nube sobre el santuario. Karl von Eckartshausen. Primera Carta.
[26] Idem.
[27] "Conócete a ti mismo", de Valentín Weigel. Ed. Yatay, Madrid, 2.000.

encuentran las artes y se consiguen las obras de la razón y los trabajos manuales. La tercera y más elevada visión del hombre se llama ***oculus mentis seu intellectus*** *(ojo de la mente o intelecto), el ojo del entendimiento con el que se ve a Dios y a los ángeles [mundo supraceleste y divino]"*[28].

Antes de la caída, el hombre veía con claridad y mantenía contacto directo con la divinidad a través del ojo del entendimiento, de su *sensorium* interno. No había secretos en el universo para él. La luz divina iluminaba su ojo interior convirtiéndolo en un verdadero Sol interno por el que conocía todos los objetos y todos los seres. Verdaderamente era el rey de la creación. Pero tentado por el maligno, abusó de este conocimiento y sufrió la muerte espiritual, esto es, la privación de este conocimiento divino. Y es así como el reino natural, que debía ser gobernado por la luz del espíritu, se convirtió en el sepulcro de dicho espíritu donde este sufre la privación de la luz primigenia. Ahora el hombre se encuentra inmerso en el reino de la confusión y el olvido, limitado su entendimiento en la región temporal por los sentidos temporales, ya que no hay relación sino entre seres de la misma naturaleza.

Su *oculus mentis seu intellectus* se halla en tal estado de deterioro, que le resulta casi imposible apreciar en su ser la imagen y semejanza divina, tal y como se manifestaba en un principio: *"Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó"* (Génesis 1:27). *"Este órgano [sensorium interno] ha sido cerrado a causa de la caída que arrojó al hombre al mundo de los sentidos. La materia grosera que envuelve este sensorium, es una mancha que cubre el ojo interior e incapacita al ojo exterior para la visión del mundo espiritual"*[29]. El *oculus rationis* ha de esforzarse en apartar de sí aquellas apariencias que le impiden discernir lo verdaderamente real de lo aparente. La razón se haya de este modo extraviada y sus principales luces ya sólo provienen del mundo de los sentidos físicos. Y el *oculus carni* se ve sometido a una densidad caótica y errante, a una gravedad ofuscante y seductora de placeres mundanos. En estas condiciones, el conocimiento humano se encuentra alejado del verdadero conocimiento, pues todo conocimiento o concepto naturales proceden y fluyen desde los propios ojos y no del objeto, es decir: *"que la vista y el conocimiento naturales vienen o se realizan por el conocedor mismo y no por el objecto u objeto que debe ser conocido"*[30]. *"Por consiguiente, si el ojo es puro, sincero, claro y diestro, el conocimiento será puro, sincero y hábil. Si el ojo es sucio y oscuro, la vista será falsa y oscura"*[31]. Los ojos del ser caído están sucios y oscuros, y su visión espiritual es prácticamente nula.

En su estado adámico anterior a la caída, el espíritu del hombre, imagen y semejanza divina, regía sobre su naturaleza animal, al igual que sobre todos los seres creados. Tras la caída de Adán, quedando este espíritu "encarcelado" en la materia y sometido al azote de los elementos, la situación, tal como nos la describe Emanuel Swedenborg, es la siguiente: *"En cada uno [de nosotros] hay un hombre interior y un hombre exterior; el interior es el que se denomina hombre espiritual, y el exterior, el que se denomina hombre natural; uno y otro tienen que ser regenerados. En el hombre que no ha sido regenerado gobierna el hombre exterior o natural, y el interior sirve; pero en el hombre que ha sido regenerado gobierna el hombre interior o espiritual, y el exterior sirve. Está claro, pues, que el orden de la vida ha sido invertido en el hombre desde el nacimiento; a saber, que el que sirve debe gobernar y el que gobierna debe servir"*[32]. Y he aquí la tarea que le está encomendada a todo *"Hombre de Deseo"*: restablecer a su origen el orden jerárquico en su propia naturaleza dual, para lo cual, necesariamente tendrá que recuperar su visión plena, y esto sólo es posible a través de un proceso de regeneración física, mental y espiritual. Es en este proceso (que conocemos como

[28] Idem.
[29] La nube sobre el santuario. Karl von Eckartshausen. Primera Carta.
[30] Idem.
[31] Idem.
[32] La nueva Jerusalén y su doctrina celestial. Emanuel Swedenborg.

iniciación) donde el hombre va recordando poco a poco su origen y su verdadera naturaleza, despertando en sí mismo las verdades divinas.

Saint-Martin nos invita a no desaprovechar un solo momento de nuestra vida en esta tarea, tarea compartida con nuestros semejantes, nuestros hermanos, a quienes nos debe unir una profunda caridad: *"Abre cada día las sendas de esa escuela, si quieres aprender lo que es la obra del Señor. Que el maestro que allí enseña encuentre en ti al más asiduo de los oyentes"* [H.D. 4]. El Hombre de Deseo es pues, irremediablemente, un ser en plena actividad, actividad a todos los niveles: *"¿Y no será por la acción que se nutre la fuerza?"* [H.D. 8]. Si el hombre débil no ejercita sus músculos, en vano esperará que estos se fortalezcan. *"Purifícate, pide, recibe, actúa: toda la obra está en estos cuatro tiempos"* [H.D. 8]. Si no se actúa, no se puede completar la obra. *"Cuidado, hombre, para no hacer la oración del cobarde queriendo obtener todo sin trabajo. ¿Qué otra oración puede haber después de la acción, aquella que atrae la acción, y que se une a ella?"* [HD 38]. *"En la región de la vida, el acto del espíritu es perpetuo"* [H.D. 16]. Donde la vida no se expresa, el espíritu no actúa: *"Mantendré mi alma en actividad, para tener continuamente en mí la prueba de mi Dios"* [H.D. 12]. Y tengamos siempre presente que *"una vez que el fuego del espíritu se enciende, se debe pensar sólo en mantenerlo vivo"* [H.D. 29].

Evidentemente, esta actividad tiene una orientación precisa, aquella que nos conduce a fortalecer y recuperar la visión perdida: *"La mantendré ocupada [al alma] en la meditación sobre las leyes del Señor. La mantendré ocupada en la práctica y en el hábito de todas las virtudes. La mantendré ocupada en regenerarse en las fuentes vivificadoras. La mantendré ocupada en cantar todas las maravillas del Señor y la inmensidad de su ternura por el hombre"* [H.D. 12]. *"Me consagro, gracias a la infinita asistencia divina, a vivir, pensar y morir sólo por mi Dios"* [H.D. 30]. Esta actividad continua se convierte así en una oración viva: *"Así debe ser la oración del hombre; no debe conocer el reposo ni la interrupción, así como la eternidad no conoce el tiempo ni los intervalos"* [H.D. 19]. *"Pero la verdadera oración es hija del amor. Es la sal de la ciencia; ella la hace germinar en el corazón humano, como en su terreno natural. Transforma todos los infortunios en delicias. Porque es hija del amor; porque es preciso amar para orar, y es preciso ser sublime y virtuoso para amar"* [H.D. 42]. La oración se convierte así en un acto perpetuo de amor y de virtud.

Allá donde se halla el Hombre de Deseo está su templo, su vida es su oración que se eleva como dulce perfume desde el centro de su corazón, donde arde un deseo continuo de unión con Dios. El ardor de esa regeneración se vuelve una pasión que acaba dominando sus afectos, pensamientos, actos y movimientos. Regenerado así en su pensamiento, lo será también en sus palabras y acciones, y como el ave Fénix, resurgirá de las cenizas de su antiguo ser, quemado por el fuego divino cuya función no es otra que la de purificar e iluminar. He aquí la *"Llama de amor viva"* a la que San Juan de la Cruz dedicó una de sus poesías.

Concluyamos pues, en contestación a la observación de Saint-Martin hacia el *"Hombre del Torrente"* expuesta al principio, que el *"Hombre de Deseo"* sólo atraviesa este mundo con el único propósito de abrir los ojos de su espíritu, su *sensorium* interior. Y una vez que lo ha abierto, es posible que acabe exclamando: *"Misterios del reino de Dios, sois menos inexplicables que los misterios del reino de los hombres"* [H.D. 16]. *"No, no hay alegría comparable a la de caminar en las sendas de la sabiduría y de la verdad"* [H.D. 9].

Madrid, 28 de Octubre de 2.007



¿CALCULASTE LOS GRADOS DEL HOMBRE? MIRA SU ESCALA: EL HOMBRE INICUO, EL HOMBRE DEPRAVADO, EL HOMBRE SENSUAL, EL HOMBRE SENSITIVO, EL HOMBRE SENSIBLE, EL HOMBRE MORAL, EL HOMBRE ESPIRITUAL, EL HOMBRE SABIO, EL HOMBRE DIVINO.
COMPARA LOS DOS EXTREMOS, COMPARA SOLAMENTE LAS DOS REGIONES; Y VE SI LA INFERIOR PUEDE PERCIBIR LO QUE PASA EN LA SUPERIOR.

El Hombre de Deseo, § 241
Saint-Martin

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA

geimme@arrakis.es